



del Fondo de Cultura Económica

La compañía de los clásicos

Eliseo Diego • Fina García Marruz

Sergio Pitol •
En el huerto
de Juan Fernández

Juan García Ponce •
Pasemos ahora a lo
realmente importante

Julio Scherer •
Siqueiros: huir por
medio del arte



• **Rubem Fonseca**
Feliz año nuevo

• **Rafael Rojas**
El paso de Eliseo

• **Poemas de**
Vitier, Charry Lara,
Jaramillo Agudelo y
González Cosío

La enfermedad según Rubem Fonseca
Alberto Arriaga



Mutación del libro de las mutaciones
Verónica Volkow





del Fondo de Cultura Económica

DIRECTORA
Consuelo Sáizar Guerrero

EDITOR
David Medina Portillo

CONSEJO DE REDACCIÓN
Adolfo Castañón,
Joaquín Díez-Canedo Flores,
María del Carmen Farías,
Daniel Goldin,
Lorena E. Hernández,
Francisco Hinojosa,
Ricardo Nudelman
ARGENTINA: Alejandro Katz
BRASIL: Isaac Vinic
CHILE: Julián Sau Aguayo
COLOMBIA: Juan Camilo Sierra
ESPAÑA: Juan Guillermo López
GUATEMALA: Sagrario Castellanos
PERÚ: Carlos Maza
VENEZUELA: Pedro Tucát

REDACCIÓN
Marco Antonio Pulido

PRODUCCIÓN
Vincula, S. A. de C. V.
IMPRESIÓN
Impresora y Encuadernadora
Progreso, S. A. de C. V.



La Gaceta del Fondo de Cultura Económica es una publicación mensual editada por el Fondo de Cultura Económica, con domicilio en Carretera Picacho-Ajusco 227, Colonia Bosques del Pedregal, Delegación Tlalpan, Distrito Federal, México. Editor responsable: David Medina Portillo. Certificado de Licitud de Título número 8635 y de Licitud de Contenido número 6080, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas el 15 de junio de 1995. *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica* es un nombre registrado en el Instituto Nacional del Derecho de Autor, con el número 04-2001-112210102100, de fecha 22 de noviembre de 2001. Registro Postal, Publicación Periódica: PP09-0206. Distribuida por el propio Fondo de Cultura Económica.

Correo electrónico: lagacetafce@fce.com.mx

SUMARIO DICIEMBRE, 2003

- ELISEO DIEGO: Restos de don Miguel de Cervantes • 3**
FINA GARCÍA MARRUZ: La cólera de Quevedo • 4
CINTIO VITIER: Canto llano (fragmentos) • 6
RAFAEL ROJAS: El paso de Eliseo • 7
FERNANDO CHARRY LARA: Como la ola • 10
SERGIO PITOL: En el huerto de Juan Fernández • 11
DARÍO JARAMILLO AGUDELO: Libro de las mutaciones • 17
JUAN GARCÍA PONCE: Pasemos ahora a lo realmente importante: la literatura • 18
JULIO SCHERER GARCÍA: Siqueiros: huir por medio del arte • 19
RUBEM FONSECA: Feliz año nuevo • 21
ALBERTO ARRIAGA: La enfermedad según Rubem Fonseca • 23
ARTURO GONZÁLEZ COSÍO: Otras mutaciones del I Ching • 25
VERÓNICA VOLKOW: Mutación del libro de las mutaciones • 26



LA CÁTEDRA EXTRAORDINARIA OCTAVIO PAZ:
TRAZOS PARA UNA HISTORIA
• 28



« « Ilustraciones tomadas de *Siqueiros. La piel y la entraña*, de Julio Scherer García, Colección Tezontle, 2003 » »

DICIEMBRE, 2003 SUMARIO

Restos de don Miguel de Cervantes

☞ **Eliseo Diego**

Pues bien: es cierto: agonizó Miguel
y sus deudos lloraron y sus deudas
grande escándalo hicieron de tan viudas
y entretanto giraban las Cabrillas
ocultaron sus restos en un foso
disimulante al fin de la blasfemia
de oler peor que el mal sudor del vivo
y así fuéronse a casa y no tuvieron
ni mandas por consuelo y renegaron
porque el jubón no estaba como anuncian
y las calzas de válgame y no diga
pero se remediaron y año nuevo
y olla va y uña viene y don Miguel
si lo vieron pues ya no lo recuerdan
y en tanto todo el tiempo en el desván
habla que habla se las pasa en vilo
sin darse cuenta de que pasa nada
siempre en lo suyo en su rincón de siempre
con los ratones escuchando atentos
esa voz sola que es su voz tan sólo
y a la rendija de una tabla y otra
como a escondidas de sus propias mañas
una oreja de fuego enorme y quieta.



• Tomado de Obra poética. *Compilación de Josefina de Diego, prólogo de Rafael Rojas, FCE/DGE | EQUILIBRISTA, 2003 (Tierra Firme).*

La cólera de Quevedo

✎ Fina García Marruz

► Ofrecemos a continuación un fragmento del libro *Quevedo*, recientemente publicado por nuestra casa editorial dentro de la colección *Tierra Firme*.

¿Cuándo, en qué escritor, en qué moralista, en qué denostador de tiranos o sufridor de ellos se vio cólera, indignación, semejante a la suya? Parece caballero al que acaban de hacer una mortal ofensa, y antes que reclamar su desagravio, se adelantase a ripostar a puro duelo de estocques. Parece que está ofendido de antemano y que guerrease contra un ejército de sombras. Sólo que estas sombras no son fruto de su locura, como las que veía el Caballero de la Mancha, sino de la locura de su tiempo, que se encargó de engendrar gigantes y borregos tales. Y no sólo arremete contra monstruos o enanos con denuedo, sino contra las rauduras de lo real, que van royendo lo mismo la frente de una moza que los muros soberbios de un alcázar. Se dijera que el tiempo mismo, con su pasar, lo injuria. Lo que le indigna no es ver ejércitos en el polvo, sino el polvo en sí, la heridora nada irreal, siempre en acecho del ser mismo. Su visión aumenta como un espejo la realidad que deforma. Concentra en uno el vicio de muchos y les incorpora al nombre sus acciones, de modo que se irrita contra lo que los sirve, los viste o los lisonjea “sastres duplicones”, casamenteras “madres disimulonas” y poetas que más que buscar entre los poderosos su acomodo, lo que sería al menos hacer algo, llama “acomodones” ya en sí mismos, maestros todos en el “arte maridón” de ayuntarse con lo que los mengua. Es como padrazo impa-

ciente que, cansado de corregir con persuasiones y sentencias, arremetiese con los españolísimos “golpes y porrazos”. Su mirada carece de esa veladura que a la mayor parte de los hombres les disimula la crudeza del mundo y les permite algún género de ilusión. Quevedo ve la realidad en crudo, sin atenuaciones de bondad o de indulgente benevolencia. Eructos, más que exabruptos —¡oh feroces coplillas al “esclarecido caballero” don Ruiz de Alarcón!— parecen a veces sus palabras. Uno acaba por perdonarle lo imperdonable, a tanto llega su señorío. No soporta flaqueza en los pequeños, ni abuso en los poderosos. Llama adulación a todo honor que no procede del amor. En lo que se lo ve más señor es en esa cólera con que arremete contra todo lo que ve sobrepuesto a la dignidad y hermosura naturales, la distinción de ser lo que se es sin pujo ni chabacanería. Brutal puede ser, pero vulgar jamás. Así como el refino oculta su grosería, este mordaz oculta su delicadeza. Detrás de lo brutal de su lenguaje se le ve cierta ofendida delicadeza de caballero. En ningún otro escritor, ni siquiera en los ascetas y místicos renunciadores del mundo, éste aparece con mayor crudeza, vanidad, grotesco deterioro. Podría ser precursor del grabado en blanco y negro y de la radiografía que ve, tras el engaño de la carne, el edificio de los huesos. Escribe, no en papel, sino en piedra. Sus sentencias parecen epitafios, y sus discursos, requisitorias. Ha hecho proceso legal contra el mundo. “Los colores dibujan a un cuerpo, y al alma, obras.” Suprime, con una coma, lo repetitivo de la frase, y como se va a los tuétanos de la palabra, la deja en verbo vivo. Tiene la martiana hambre de médula. Es por abundancia de vida por lo que nadie tuvo como él, a un tiempo, tal exceso en la palabra, tal llenura en ellas, no de ellas. ¡Qué palabras las de Quevedo, cómo se ve que le estallan por dentro y le sobrestallan! ¡Cómo le brotan ya, concentradas y colé-

ricas! ¡Qué inagotable arsenal de injurias lo posee! Con ellas, arremete, argumenta, impreca, tunde, y más que censurar, fustiga, y más que desdeñar, desgarrar, desgarrado. Parece que después de ejercer su sátira no quedase cortesano vivo, sino guiñapos colgantes, damas “estercolando el rostro con afeites”, sino positizos y menjurjes, y que después de arremeter contra sus nadas, por serlo, se le quedase el puño de la espada ensangrentado de veras.

¿Qué grieta ha descubierto en la realidad que así ha despojado su ojo de todo velo, condenándolo a ver, y qué ver? ¿Qué ha hecho de su lengua, maga que todo lo puede, látigo? Parece que rodearan al caballero gañanes capaces de toda truhanería. Avaros o validos, médicos o charlatanes, mozas o celestinas, míseros de toda laya. No los contraponen sino que por igual los ataca. Ha hecho inventario de bribones, los encuentra en cualquier clase o estado, y sólo busca, como a tientas, la causa, y como en su primer escrito, la genealogía de la necedad. Ve “necios de caldera” y graduados “con borla y capirote”, “necios en latín y romanceados”, “necios de bordón y de esclavina”, necedad “con gualtrapa o lampreada”, “el grosero, el enfadado, el encalabritado, el alcoholado en tinto y el cuatralbo”, necios “de cincha y cola jumental” y hasta el “semitonto”, ya que le parece que llamarlo tonto entero sería hacerlo capaz de ser completo en algo y prestarle algún género de nobleza. Los ve no sólo en los garitos malolientes sino entre los ociosos de la corte “perfumados de bigote, copete y guedejas”, costosos petimetres que de sus prójimos se aprovechan, embadurnándose rostro y alma a la vez, tan recargados de podre como de indumentaria, escasos de seso, ahítos de pasiones e incapaces de pasión, nobles sin nobleza, hábitos sin monje adentro, vengativos sin ofensa, jesuitas sin Jesús, buscones que sólo lo recto no buscan, ambiciosos sin ambi-

ción noble y verdadera. Buscones todos en el fondo, gariteros que fían a barajas el camino a seguir, valentones o sufridos, engañados como cornudos, estafadores de sí antes que de otros, salteadores de “la derecha vía”. Lacayos todos: “Poderoso caballero, don Dinero”.

Enanos o gigantones, bizcos o corcovados, cerrados de barba o calvos como recién paridos, parece que lo indignase todo, no sólo la deformidad moral sino aun la material con la que a veces la pinta. Pues al defecto o fealdad sin culpa, no habría razón de censurarla, ya que, como él mismo advierte, “no adquirieron ni compraron su deformidad”, sin embargo, a veces se dijera que bizcos o zambos lo hubiesen ofendido sólo con serlo. Lo que le pica en la punta de la honra —pues él mismo era cegato y cojo, sin que le excusase una *lliada* la ceguera o le balancease lo cojo, como a Byron, la gallardía del perfil y el mentón voluntarioso— es que no se llevase el desmedro con dignidad, o aun se tratase de sacar alguna ventaja de la lástima, lo que era condescender a “la lamentona y la plañidera y otras acciones de pordioseros”, ladrones más que de monedas de su decoro propio. Ni en idioma ni en hombre, ni en cuerpo ni en alma perdona el olvido de la dignidad natural. Sus sátiras recuerdan el cuento del hombre que toman por gigante por haber caído en un país de enanos, pagados de ser grandes e implacables por ello. No sale de su estupor de verse así rodeado de tal variedad de amos y lacayos, de cortesanos y de entretenidos. Unos en el extremo del poder y otros de la impotencia, lo ciega la cólera de verles la suficiencia sin sabiduría, y el uso inferior de la palabra, el juicio, y sobre todo el acto. Es el infatuado que “a lo superior llama bonito, a lo bueno razonable, a lo mediano pésimo: nada les contenta; la causa no la dan, porque no la saben, así vuelven sus opiniones veredictos”. “En todas las cosas hablan y ninguna entienden.” “Cobardes en extremo”, “a la insolencia llaman bizarría, tratan con matusalería a quien estafan, son amigos de olor, juran a fe de hidalgo, a fe de quien soy”. “Andan juntos de tres arriba; usan de valentía con el yesero que les ensució el ferreruelo, con el chirrionero porque huele mal; con el aguador porque no hizo lugar; tratan ásperamente a los miserables, y sólo traen la espada a la jineta, la daga a

la brida con listón, de que usan también a falta de cadena, y es la acción más señorial de todas” (*Vida de las cortes y oficios y entretenidos de ella*).

Con velada piedad y defensa hacia lo pobre del pueblo, nada dice del yesero, el chirrionero, el aguador: su cólera se la reserva para los que “tratan ásperamente a los miserables” y cortejan a los poderosos, y sólo da contra los pobres cuando son buscones del mismo género de vida que los ultraja, y más culpables en cuanto deben a sí mismos y no a otros el menoscabo y ofensa. Gusta de chistear con las frases, como el maestro de esgrima caracolea un poco con el espadín antes de la estocada definitiva. Por eso se entretiene en pintar a éstos que se valen de su poder para abusar de los que nada pueden, y si acaso son llevados por alguna fechoría a la cárcel “donde los tratan como se merecen”, piden al alguacil: “déjeme voacé, y váyase con Dios, que yo hago pleito homenaje, a fe de caballero, de ir a casa del Señor Alcalde y acomodar esta causecilla...”

Ve todo el esplendor del siglo vuelto caducidad y desvarío, y se venga con la plomada de su acento amonestador. “No he de callar, por más que con el dedo...” Ni silencio pueden imponer a sus labios ni amenaza a su coraje. Su idioma es de valientazo, parece que después de haberse cargado en la grupa todas las palabras, aún le quedasen más chorreándole por las mangas, cargadas de muerte y de nacemento.

En el “Discurso preliminar” que para sus *Obras* escribió su ordenador y colector Fernández Guerra (segunda edición de Rivadeneyra, 1859) recuerda el estado caótico en que se hallaba la España de su tiempo, cuando, afianzada ya la unidad, cada provincia regida por leyes propias, dan comienzo las rivalidades de señor a señor y villa a villa y todos se ocupan ya sólo de enriquecerse, aunque para ello haya que esquilmar al pueblo, olvidados de aquel antiguo espíritu de libertad e independencia que había pactado con sus primeros monarcas las formas de gobierno, “dándoles imperio en la ejecución de ellas, pero jamás autoridad para romperlas ni alterarlas”. Era ese mismo pueblo que tuvo en tan alta medida el sentimiento de la dignidad que tenía el hombre, sólo con serlo, el que ahora “forjaba las cadenas de su propia servidumbre”.

• CALENDARIO •

El Fondo de Cultura Económica abrirá un nuevo centro cultural en el edificio del antiguo cine Bella Época de la ciudad de México.

Dicho edificio albergará a partir del próximo año un centro cultural dotado con una gran librería que llevará el nombre de Rosario Castellanos. El centro cultural mantendrá, asimismo, una sala cinematográfica de aproximadamente 150 butacas para exhibir cine de arte.

Durante la firma del convenio, la directora general del FCE, Consuelo Sáizar, declaró que este centro “permitirá la creación de una de las mayores librerías del país y de Latinoamérica”; destacó asimismo que, en cuanto al Centro de Promoción de la Lectura Infantil y Juvenil que se instalará también en este nuevo centro, “será el segundo en abrirse en México (el Pascuala Corona ya funciona en la ciudad de Monterrey) y tiene como objetivo el desarrollo de programas para niños, jóvenes, maestros y educadores, bibliotecarios y promotores de la lectura, además de padres de familia y profesionales del libro”.

Este espacio cultural contará también con un programa dedicado a brindar una amplia oferta cultural que incluirá presentaciones de libros, recitales, conferencias, seminarios y, desde luego, las diferentes actividades que el FCE realiza a lo largo del año.



Al cumplirse 50 años de la publicación de la obra *El llano en llamas*, de Juan Rufo, editada en 1953 por el Fondo de Cultura Económica en la colección Letras Mexicanas, el FCE inauguró en Madrid una librería bajo el nombre de Juan Rufo.

Canto llano

(fragmentos)

 **Cintio Vitier**

XXVII

¡Ah, santo olvido, cobíjame
bajo tu ala tremenda,
límpiame el alma del moho
de la pena!

Pónle a mi boca mordaza
y a mis ojos una venda,
para no ver lo que hice
de mis fuerzas.

¡Oh llagas, oh mordedura
profunda, oh lumbre aceda,
oh bilis de mi buitre
en mi lengua!

¡Oh los días funerales,
habladuría siniestra,
atroz desperdicio, caos
que me hiela!

¡Cállate, anégame, cúrame,
silenciosa transparencia,
agua viva que en el fondo
centellea!

XXX

Ara la letra sin saber
si un día fructificará,
si ha de ser trigo, estela o nada
la escritura de soledad.

Pasan los días con los signos
que nos prometen no pasar,
vase girando la humareda
y el texto empieza a amarillear.

Que entre esas brasas haya una
que a alguno pueda calentar,
o acabe todo en el silencio
de las estrellas sobre el mar:

Pobre destino de escribir
en sustitución del obrar!
Y quién sabe si la palabra
el Verbo la perdonará!

XXXVI

Líbrame de los *kenningar*
y del juego de “uno en el otro”,
de los enigmas del lenguaje,
de las máscaras de los tropos.

Líbrame de la tentación
de los paraísos retóricos,
de la piedra filosofal
y de los infiernos utópicos.

Desvincúlame de la esfinge
y del sueño maravilloso,
los escuadrones clandestinos,
los deslumbramientos fogosos.

No me dejes caer al flujo
de mi negro Erebo caótico
ni a la falsa velocidad
del alegato de sus monstruos.

Quítame el gusto por la orgía
de la asociación pandemonio,
por el terror de la escritura
que es un incendio silencioso.

No me dejes tirar los dados,
bajar a la cripta o al sótano,
intentar la destitución
de cada rey que está en su trono.

Déjame hablarte con mi rostro
y déjame verte con mis ojos,
y quema lo que en mi palabra
no sea fiel, o quémalo todo.

• Tomado de Antología poética. Selección y prólogo de Enrique Saíenz, FCE, 2002 (Tierra Firme).

El paso de Eliseo

 **Rafael Rojas**

► **El siguiente texto es un fragmento del prólogo de *Obra poética* de Eliseo Diego, publicado recientemente por nuestra casa editorial en la colección Tierra Firme.**

En una sala del barrio de Polanco tiene Lichi una foto de su padre, en la que el poeta camina por alguna calle habanera. Al fondo, una balastrada de rruída, como esas que abundan en los jardines del Vedado. Sobre la acera, Eliseo Diego de perfil, guayabera blanca, pantalón y zapatos oscuros, avanza lentamente. La estática de la foto permite advertir, en el ritmo de la piel, que su paso es largo y pausado. La zancada forma con el tronco del cuerpo una Y invertida, una horqueta como esas que los niños cortan en las ramas de los árboles para armar sus tirapiedras. El sol ilumina apenas los dedos delgados y la barba cana del poeta. Entre la hierba y la balastrada, una sombra.

Paso es el paso de Eliseo Diego por la poesía cubana e hispanoamericana. Difícil encontrar un poeta más respetuoso de su andar a lo largo de una escritura de medio siglo. ¿Cuál es el secreto de tal permanencia en el estilo de semejante apego a dos o tres misterios? Como Reyes o Borges, Eliseo Diego hizo girar su poesía en torno a unas cuantas obsesiones; aquellas que, ante sus ojos, resumían la condición humana: el tiempo y la memoria, el espacio y la ciudad, los animales y las cosas, la vida y la muerte. Al modo de los alquimistas medievales y de los naturalistas ilustrados, el poeta congeló en su mirada la experiencia de esas entidades, para luego evocarlas con imágenes nítidas y relatos transparentes: ficciones insólitas que en la lectura resultan demasiado familiares, casi entrañables.

Desde *En la Calzada de Jesús del Monte* (1949) hasta *Cuatro de oros* (1991), el poeta

concentró su mirada en los pequeños misterios de este mundo. Sus ojos mantuvieron vivo el asombro primordial ante la naturaleza y la historia, el amor y la muerte. El silencio, la desolación de estos continentes metafísicos le suscitaron un impulso discursivo que transformaba el verbo poético en una operación develadora de lo invisible. En ese afán, una calle, un espejo, una vasija, un pez, una tela, un lunes, una baraja... eran suficientes para convocar la fascinación del poeta y desglosarla en versos que no aspiraban a resolver el enigma, sino a proyectarlo sobre otros paisajes ocultos. Eliseo Diego contempló poéticamente el universo como aquel Neil Armstrong que, en su "Oda a la contemplación de la Tierra", atisba el planeta azul desde las cenizas de la Luna.

Desde la roca de la desolación
por fin ha visto el hombre a su madre.
Velada en un velo viviente,
la frágil, la prodigiosa criatura,
la danzarina del abismo,
la que oculta en su seno maravillas.
Desde la roca de la desolación.
Velada en un velo viviente.

Eliseo dio fe de su poética de una manera pautada, acumulativa. Su primer cuaderno, *En la Calzada de Jesús del Monte* (1949), que lo colocó de cuerpo entero en la historia de la lírica cubana, exploraba los rincones de la memoria republicana, del recuerdo cívico, tamizado por la melancolía cotidiana y la evocación doméstica. Aquel libro se inicia con poemas que testificaron una punzante inquietud por la identidad histórica, por el *¿quién soy?*: "cómo pesa mi nombre, qué maciza paciencia para jugar sus días [...]"; "dicen que soy reciente, de ayer mismo, que nada tengo en qué pensar [...]". Sin embargo, a medida que avanzaba, el poemario logró sutiles afirmaciones del sujeto por medio de una reminiscencia múltiple en la que rota-

De esta forma, desde el pasado mes de septiembre, la que fuera Librería México, punto de encuentro de las más prestigiosas obras del pensamiento universal y especializada en libros sobre la realidad y la cultura iberoamericanas, renueva sus fondos editoriales y se convierte en la Librería Juan Rulfo.

Siguiendo la tradición de las librerías del Fondo de Cultura Económica, esta nueva librería en España adoptará el nombre de uno de los narradores más emblemáticos de la literatura latinoamericana del siglo xx. De la misma forma, Daniel Cosío Villegas, Octavio Paz, Juan José Arreola o Alfonso Reyes han puesto nombre a cuatro de las ocho librerías que el Fondo de Cultura Económica tiene en México.

§

Nuestro amigo el escritor mexicano Daniel González Dueñas (ciudad de México, 1958), se hizo merecedor este año de la segunda edición del premio de ensayo Casa de América, patrocinado por esta institución en colaboración con nuestra casa editorial.

Dirigido a autores en lengua castellana, la convocatoria para este premio se lanza anualmente con la intención de contribuir a la reflexión y a la crítica en torno a las realidades actuales.

En la actual edición se recibieron 67 ensayos inéditos, de los cuales el jurado seleccionó por unanimidad *El libro de nadie* de Daniel González Dueñas, título que nuestra casa ha puesto ya en circulación por estas fechas. Enhorabuena.

§

A dos décadas de su muerte, Jorge Ibarguengoitia (1928-1983) fue recordado el pasado mes de noviembre a través de la lectura de su obra y una mesa redonda organizada por el INBA. En el homenaje participaron los escritores Verónica Murguía, Juan José

ban lugares, escenas y personajes del barrio: columnas y portales, la iglesia y la casa, el jugador y el comerciante, el ómnibus y el tranvía. Al final, el monstruo de la cotidianidad pareció apaciguarse en ese "sitio en que tan bien se está": "[...] donde gustamos las costumbres, las distracciones y demoras de la suerte".

El segundo libro de poemas, *Por los extraños pueblos* (1958), fue, en buena medida, una prolongación de la lírica expuesta en el primero. Otra vez, la memoria flotando sobre el espacio y el tiempo de la domesticidad. Otra vez, las telas y los trenes, el domingo y la fiesta, la familia y el circo, la iglesia y el espejo. Sólo que ahora, aquel malestar histórico que asomaba en los primeros poemas de *En la Calzada...* latía suavemente casi imperceptible, en una nostalgia por el esplendor criollo de la provincia habanera. Nostalgia de los "trenes, llenos de fama y poder, cuya elocuencia fue ayer la gloria de los andenes", de los ancianos memoriosos que pelearon por la independencia y fundaron la República (los que "quisieron resguardar en la cañada, en la ruda tiniebla del país, la pobreza radiante de la guerra"), de "las fiestas que solían iluminar los hondos corredores en que las buenas tardes se cumplían", del "perdido reloj con las bestias heráldicas". Los versos finales de aquel cuaderno, que nos invitaba a "pasear por los extraños pueblos" y a tocar la "real belleza de las cosas", resumían el lamento de un paseante solitario en las afueras de La Habana.

Es así que ahora todo nos falta. Si
alguien nos ofreciera un poco
de café nos salvábamos

porque la casa deshabitada es adusta
como la justicia del fin

y el viento que pasa por los altos no
es sino el viento, las estancias
no son más que las estancias de
la casa vacía

y es como si no hubiese venido
nadie, como si nadie mirase los
recintos del hombre, bajo los
astros.

El oscuro esplendor (1966) levanta un puente, o más bien, una espiral en la poesía de Eliseo Diego. La memoria ha

dejado de ser el campo primordial del discurso y el poeta se aventura en un diálogo cara a cara con su entorno. La *anámnesis* o reminiscencia de Platón ha sido abandonada por el *bezug* de Heidegger, esto es, la percepción no meramente sensorial, sino aquella que funda relaciones de sentido entre el sujeto y la realidad. Predomina la versificación en tiempo presente y en tercera persona del singular. "Juega el niño con unas pocas piedras inocentes [...]"; "Es un Rey, una giba de púrpura, una bestia de garra suave [...]"; "En fin, ella es la dueña de las ruinas [...]"; "Yo te pregunto, señora del lino y del laúd salvaje [...]". Sin duda, un ajuste del verbo a la experiencia del mundo bajo su forma de mayor actualidad.

Aquel poemario se abría con un exergo del *Génesis* que da cuenta de la expulsión de Adán del Paraíso. El "oscuro esplendor" alude, precisamente, a una constatación de madurez en el cuerpo y el alma del poeta que lo prepara para atisbar el edén perdido de la infancia y asumir la virtualidad de la muerte: "sin quererlo / el niño distraídamente solitario empuja / la domada furia de las cosas, olvidando / el oscuro esplendor que me ciega y él desdeña ". No en balde la niñez y la muerte son dos motivos recurrentes del libro: el niño dorado, miedoso, de "rápidas manos", y la muerte, siempre cercana, a la que nunca le vemos la cara. Pero la peor de las muertes, replica el poeta, no es la del paraíso perdido de la infancia sino la muerte del "dios pequeño": el "de la mesa, los murmullos, las mañanas y los pórticos", el dios de los "tesoros".

Un laúd, un bastón,
unas monedas,

un ánfora, un abrigo,

una espada, un baúl,
unas hebillas,
un caracol, un lienzo,
una pelota.

El poema "Tesoros" parece tender la mano al siguiente cuaderno: *Versiones* (1967). Si en *El oscuro esplendor* la composición poética giraba en torno a figuras o emblemas (la Señora de Florencia, el Hijo Prudente, la Vieja en el Bosque, el Gato Real, un Viejo Caballero, el Payaso, la Anciana en la Escalera...), en *Versiones* se iluminan los rincones y las cosas: la es-

calera y el taller, la penumbra y el gallo, las sillas rotas y los avisos, el puente y la cigüeña, las guitarras y los cangrejos. La mirada del poeta alcanza, aquí, su máxima diversificación: una multiplicidad pictórica que se despliega por medio del esbozo de animales, objetos e instantes. Sólo que, como en la monadología de Leibniz, esta fragmentación poética, reveladora de la diversidad del mundo, no logra ocultar el subsuelo vacío, la oquedad metafísica que sólo puede ser ocupada por Dios o por la muerte. El poema que da título a este cuaderno, el más físico y, a la vez, el más metafísico de cuantos escribió Eliseo Diego, es ilustrativo de las paradojas de la diversidad: "la muerte es esa pequeña jarra, con flores pintadas a mano, que hay en todas las casas y que uno jamás se detiene a ver [...]".

La poesía de Diego fue siempre un ejercicio de domesticación del horror, una búsqueda de familiaridad con el ocaso. De ahí su certidumbre lírica de que el lapso vital no era más que el "fillo de una lámpara" que se interpone "entre la dicha y la tiniebla". A ello se debe que, aunque la muerte sea un tópico inexorable, como se plasma en algunos de sus mejores poemas ("Versiones", "Testamento", "Entre la dicha y la tiniebla", "Después de todo"...), su presencia en el poema es siempre sutil, incorporada a una trama piadosa, enternecedora. La cercanía del abismo es una sensación que recorre la lírica de Eliseo Diego sin que jamás un solo verso propicie una alegoría del espanto o una invitación a la queja de los mortales. Sobre esa cuerda floja, tendida entre la dicha y la tiniebla, camina la poética del autor de *Versiones*.

En ningún otro cuaderno, como en *Muestrario del mundo* o *Libro de las maravillas de Boloña* (1968), se plasma esta metafísica soterrada. El tema del libro no es la imprenta o la tipografía, sino la diversidad del mundo o, más bien, la escritura como testimonio del misterio de la variedad de las cosas. Con traducciones poéticas de las viñetas de José Severino Boloña, impresor cubano del siglo XIX, Eliseo Diego compuso un "muestrario" en el que se daban la mano las cuatro estaciones del año, los 12 signos del zodiaco, escenas y lugares de la ciudad de La Habana y varias "láminas de cada clase": un carretero y una sierpe, el pere-

grino y la espera, el heraldo y la joven, los oficios y las suertes. Aquellas imágenes que el ojo del impresor fijó en cada viñeta parecían animarse y entrar en movimiento a través de las palabras del poeta. Todo un juego de transcripción lírica, atento a los detalles del emblema, que recuerda las *Memorias de cocina y bodega* y, en especial, la *Minuta de Alfonso Reyes*.

En *Muestrario*, Eliseo Diego se internó en una zona no sólo afín a Reyes, sino también a Jorge Luis Borges. Me refiero a la obsesión por las “ruinas circulares”, por aquellos espacios mínimos o rituales breves, como un barrio o un circo, en los que cabe la inmensidad del mundo. Una fascinación compartida por los pequeños misterios que, en los tres casos, Reyes, Borges y Diego, se libera a través de una escritura tersa, bruñida, nítida como la miniatura divina que oculta el más enrevesado enigma. No por azar; los tres, Alfonso Reyes, Jorge Luis Borges y Eliseo Diego, se colocaron en las antípodas del barroquismo latinoamericano y, desde allí, exhibieron las virtudes de una expresión clásica. En Reyes, ese clasicismo tal vez provino de su afición por la cultura helénica. En Borges y en Diego por una formación del estilo al calor de ciertas lecturas anglosajonas que, sumadas a una destilación de lo hispánico en favor de Quevedo, otorgaron a sus poéticas una transparencia envidiable.

La hospitalidad de la poesía de Eliseo está en deuda con la iniciación de su escritura en la prosa. Como se sabe, los primeros libros del poeta fueron ejercicios de lírica narrativa —más que de una supuesta “prosa poética” que es mero pleonazgo— en los que aquellos motivos recurrentes de la memoria —el tiempo, la domesticidad y el horror— se adherían a las fugitivas ficciones de *En las oscuras manos del olvido* (1942) y *Divertimentos* (1946). Una vieja conferencia del poeta en el Lyceum de La Habana, “Esta tarde nos hemos reunido” (1959), y otra más recordable en la Biblioteca Nacional de Cuba, “A través de mi espejo” (1970), nos advierten sobre la marca de los genios tutelares anglosajones —Johnson, Swinburne, Dickens, Chesterton, Lewis— y reiteran la misma objeción a una máxima de Archibald McLeish: “un poema no debe significar, sino ser”. A lo que replica Diego: “el poema debe significar

con su ser” o, en clara reverencia a la narrativa, “la poesía es también drama y discurso”.

Tuvo tiempo el poeta de rendir más franco homenaje a sus lecturas inglesas en aquel hermoso libro. *Conversación con los difuntos* (1991), editado en México por Diego García Elío, que recogió traducciones de Marwell, Browning, Kipling, La Mare, Yeats y Hughes. O en sus ensayos, tan intuitivos y cómplices, sobre William Faulkner y Virginia Woolf. Pero la sombra de aquella escritura discursiva y dramática, narrativa y lírica, traspasó la madurez del poeta, cumplida en *Muestrario*, y cristalizó en un nuevo volumen 10 años después: *Los días de tu vida* (1977). Aquí el tejido de la fábula se hizo tan visible que simulaba tocar la Historia, como se palpa en “El hambre de este mundo”, “Arqueología”, “Pequeña historia de Cuba” o “Cristóbal Colón inventa el Nuevo Mundo”. Por momentos, los versos más elegiacos de aquellos poemas ya ni siquiera rozaban la ficción, sino adquirían el tono de los sabios parlamentos sobre el devenir humano. Este abordaje de la Historia y de su mecánica primigenia, el Tiempo, devolvió al poeta la visión de la muerte. Si en el poema “Imaginemos un tiempo”, Eliseo se autopercebía en la lejana eternidad, ya en su inmortal “Testamento” aseguraba un legado singular:

Habiendo llegado al tiempo en que
la penumbra ya no me consuela más
y me apocan los presagios pequeños;
[...]
decido hacer mi testamento
Es
éste: les dejo
el tiempo, todo el tiempo.

El otro universo que acentuó el sentido de la fábula en la poesía de Eliseo Diego fue la literatura infantil. Hans Christian Andersen y los hermanos Grimm fueron compañías vitales del poeta. En el primero, Eliseo valoró el secreto del “mirar atento”, esa facultad que él mismo ejerció a lo largo y ancho de su propia poesía. En los segundos, admiró el traslado de los mitos y leyendas de la cultura popular germánica a la cadencia y el lenguaje de la narrativa para niños. La infancia fue, sin duda, uno de los grandes temas de la literatura de Eliseo Diego...

Reyes y José Luis Ibáñez: apenas un botón de muestra de la multiplicidad de fieles que reúne la obra del autor de *Las muertas* y *Los relámpagos de agosto*, entre otros títulos memorables.

Tomamos de la prensa las siguientes palabras de Joy Laville, su viuda, quien así lo recuerda años después: “invariablemente, luego de desayunar, escribía en su estudio durante toda la mañana. A mediados de 1983, en París, donde radicaba desde hacía años, estaba trabajando en una novela que, tentativamente, iba a llamarse *Isabel*, cuando le llegó la invitación para un encuentro de escritores en Colombia. A las ocho de la mañana del domingo 27 de noviembre de 1983 [...] sabíamos que Jorge era ya uno de nuestros muertos”.



En su testamento, Julio Cortázar confió a Saúl Yurkievich y a su esposa su obra inédita, “para que la publicaran o la destruyeran”, según lo creyeran oportuno. Afortunadamente, la obra del autor de *Rayuela* quedó en benditas manos, cuando menos así lo prueba el proyecto de las *Obras completas* de Julio Cortázar que Saúl Yurkievich está dirigiendo para Círculo de Lectores y Galaxia Gutenberg. Estas *Obras* constarán de nueve tomos, de más de mil páginas cada uno, los que contendrán numerosos inéditos e incluirán el material disperso que dejó Cortázar. Vale mencionar que es la primera vez que se publican las obras completas del escritor argentino, cuyo primer volumen entró ya a las librerías españolas en noviembre.

La intención de los editores es publicar dos volúmenes por año, entre los que se incluye uno de correspondencia: “Las cartas son su verdadera biografía, escribió muchas y en ellas se mostraba tal como era, y contaba datos de su persona, de su poética, de su literatura”, según cuenta Saúl Yurkievich.

Como la ola

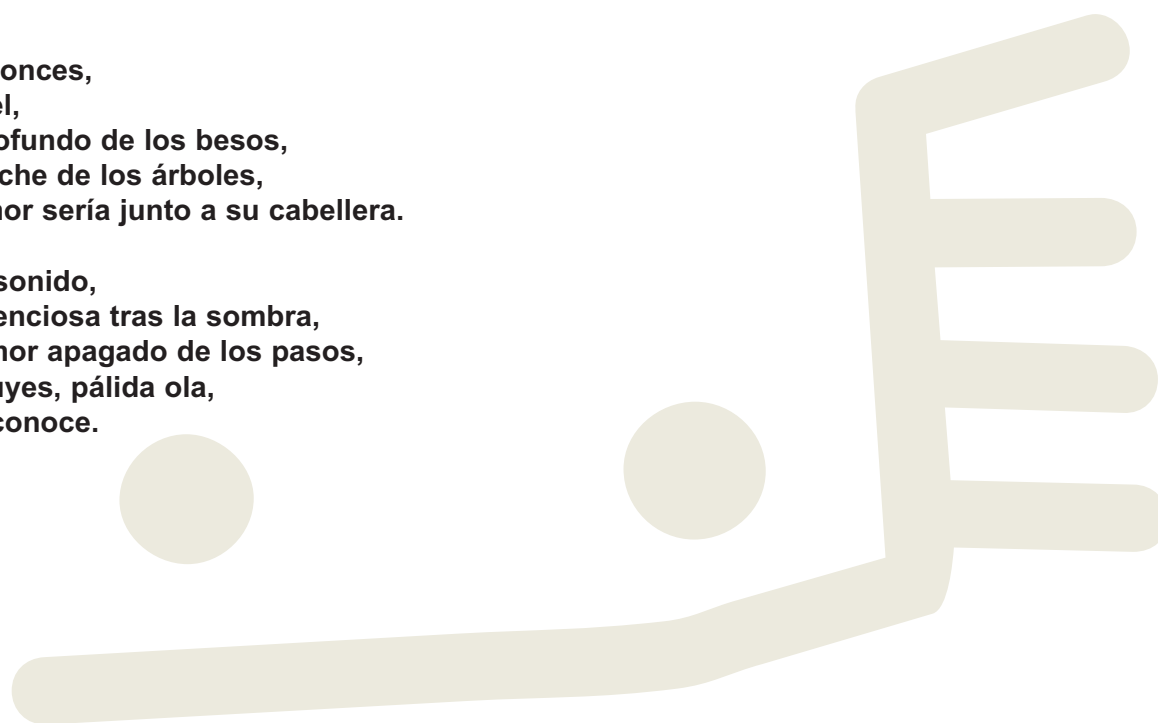
👉 **Fernando Charry Lara**

Con llegada de espuma hasta la playa triste,
Oscura ola de esplendor lunar extendido,
Tú cruzas, tú cruzas
Con remoto ardor despertando mi beso
En el mar delirante de la noche.

En fuga siempre, llena de reflejos,
Reconstruyendo a solas lo amargo y lo distante,
O recostada un poco a la luz de los crepúsculos,
Así mejor dibujo la melancolía de su retrato:
Junto al piano, a la ventana,
De irrespirables sueños, a la música de súbito callada,
Esperando una voz que llega como el eco a las zonas
Desiertas.

Noctura entonces,
Como la piel,
Como lo profundo de los besos,
Como la noche de los árboles,
Como el amor sería junto a su cabellera.

Luego, sin sonido,
Espuma silenciosa tras la sombra,
Entre el rumor apagado de los pasos,
Desnuda huyes, pálida ola,
No se te reconoce.



• Tomado de Poesía reunida, recientemente publicado por la filial del FCE en Colombia y la editorial Pre-Textos de España en la colección Tierra Firme.

En el huerto de Juan Fernández

 **Sergio Pitol**

► **El siguiente texto forma parte del libro de Sergio Pitol *Obras reunidas II. El desfile del amor, Domar a la divina garza y La vida conyugal*, recientemente publicado por nuestra casa en la colección Tezontle.**

Mi abuelo tenía una tienda de abarrotes en Paraje Nuevo, Veracruz. ¡Imagínese! Abarrotes debe ser un mereo eufemismo. Un changarro de mala muerte en un pueblo rabón del trópico es lo que habría que decir. Allí nació y se crió mi padre. De joven fui dos o tres veces en visita familiar. Un lugar muy triste, se lo aseguro; me temo que siga siendo igual. El año próximo volveré con Bernardo y Malú a festejar el centenario de su nacimiento. Paraje de Uribe va a llamarse —decía Delfina un domingo a media mañana en su jardín de Cuernavaca—. Había cerca un ojo de agua precioso; abundaban las nutrias. En la casa teníamos dos o tres cubrecamas hechos con pieles que nos regalaban los rancheros. También algunas piezas arqueológicas. A lo mejor decidieron la vocación de mi hermano Bernardo. Si yo se las hubiera pedido a mi padre, téngalo por seguro que me las habría dado, pero de joven, a diferencia de mi hermano, no me interesaba en el mundo prehispánico, ni en las artes visuales. Vivía pegada a la literatura. Es posible que las piezas hayan sido totonacas, aunque la distancia entre Paraje y el Tajín debe ser considerable; no podría afirmarlo. Cada vez que le pregunto a Bernardo me da una respuesta diferente. Usted no puede imaginarse la intensidad de las crisis de esnobismo que me acometían en la juventud —se echó a reír con una risa seca—. Fue mi galería, el trabajo, el trato con los pintores, lo que me devolvió a la realidad. La pasión por mi padre fue total y, en reciprocidad, él me adoraba. Lo que le pedía era poco frente a lo que insistía en

darme. Fui hija única, después de cuatro varones; sólo quedamos Bernardo y yo. Pasé una niñez y una adolescencia privilegiadas, sin embargo me sentía, y le juro que es cierto, decididamente revolucionaria. Me emocionaba, me sigue emocionando, la vida de mi padre. Sus esfuerzos por estudiar; su decisión de escapar de un medio tan reductor como debía ser el de Paraje a principios de siglo; hacer primero la carrera de maestro en Jalapa, luego aquí la de abogado. Pero eso usted, historiador, lo sabe mejor que yo. Cuando lo oía hablar del momento en que decidió tomar las armas, de sus travesías a caballo por el país, de las convenciones revolucionarias, de la prisión, me emocionaba a un punto que me parecía compartir con él todas esas experiencias. Me sentía en la Sierra Madre a lomo de caballo o a su lado en la cárcel. En el exilio era aún más radical. Asistía a actos públicos, a mítines universitarios y sindicales. Pero el poder, ¡imagínese una casa donde comían ministros y generales y a veces el presidente de la República!, tuvo por fuerza que marearme. En el fondo deseaba también ser la mujer mejor vestida de México, la más vistosa, la más deslumbrante. Que los porfirianos me dijeran que habían estado muertos de ganas por bailar conmigo mientras yo les comentaba la cena que papá le había ofrecido a Rubinstein o la exposición de Picasso que había visto en París. Que sus hermanas me preguntaran dónde me habían cortado tal vestido y yo pudiera responderles que era un auténtico Schiaparelli. Estudié literatura en Inglaterra y en Francia, conocía bien mis idiomas, viajé mucho y, después de mi divorcio, viví en Nueva York. Era natural que me sintiera la mujer mejor preparada de México; sin embargo, en secreto, me moría de admiración por algunas mujeres del mundo derrotado. Eduviges, por ejemplo. Sin recursos, adaptando viejos vestidos que habían pertenecido a su madre o a alguna tía podía ser a su manera elegante como la mujer mejor vestida de París o de Roma. ¡Clase!, ¿no es cierto?

¡Las cosas como son! Nuestra relación no fue larga, pero sí muy intensa. Trataré de explicársela. Vivíamos en los dos mejores departamentos del Minerva, una al lado de la otra. Por las mañanas me llamaba por teléfono a la galería; por la tarde pasaba a recogerme y tomábamos café, dábamos unas vueltas por la ciudad en mi coche y luego volvíamos a mi casa y hablábamos sin darnos tregua hasta la hora de cenar, en que ella regresaba a su departamento y yo me vestía para salir a algún lado. En un momento pensé en hacerla mi socia. Sus relaciones podrían serme muy útiles, pensaba. Yo llevaría el trato con los pintores y con un sector de nuestros clientes, los políticos y los extranjeros; ella, con los banqueros y la gente de las viejas familias. Pero su ignorancia era descomunal, no se diga ya su imprudencia. Nuestra asociación hubiera concluido en un fracaso rotundo e inmediato. Lo supe ver a tiempo. No era amistad, a pesar de la intensidad de que le hablo, lo que nos unía; era una relación muy dispareja, con exigencias desmesuradas, una especie de enfermedad. De arte moderno Eduviges no sabía nada, no lo registraba. En cambio, entraba en casa de un anticuario, tomaba una jarra, la aislaba de los cachivaches que la rodeaban y la convertía en un objeto prodigioso. Pasaba dificultades económicas, a pesar de que su hermano Arnulfo había hecho millones. Uno entraba en su casa y lo primero que advertía era el gusto con que, casi sin nada, estaba puesta. Claro que hubo dificultades; un buen día sus caprichos y rabieta me colmaron el vaso. Habíamos planeado ir a Guadalajara a ver unos muebles que unas tías suyas pensaban poner a la venta. En el último momento, con los boletos del tren comprados, las maletas hechas, decidió no viajar, dándome una excusa banal. Me ofendí con una desproporción que aún no logro explicarme. A partir de ese día las relaciones fueron volviéndose cada vez más tirantes. Yo detestaba a su hermano, pero trataba de ser prudente, de no tocar nunca ese tema.

Ella, en cambio, comenzó a partir de cierto momento a provocarme. Primero fueron piquetitos de mosco, a la altura del cerebro; luego de avispa; si me dejo, hubieran sido de víbora. Me imagino que le molestaba la holgura con que me desenvolvía, que pudiera irme unos días a Nueva York a comprar un abrigo o un par de sombreros, por ejemplo. Un día comenté delante de ella mi alegría por haber comenzado mi padre a publicar una serie de artículos donde se retractaba de algunas posiciones críticas a la expropiación del petróleo. Me respondió de muy mal modo, con franca grosería. Comenzó a recitar puntos de vista que debían ser de su hermano, a quien meses atrás, en el breve verano de nuestra amistad, consideraba como una rémora del pasado. No sé si lo sepa, en esa época se creó la comisión para intervenir los bienes del enemigo; la presidió don Luis Cabrera. Mi padre fue invitado a participar en ella. No aceptó porque su enfermedad, que todo el mundo conocía, se lo vedaba. Pero Eduviges me comentó esa abstención con una frase maligna que seguramente le pareció muy ingeniosa y que no hacía sino denotar la magnitud de su imbecilidad. Otra vez me colgó el teléfono. Para entonces ya no nos llamábamos sino muy de vez en cuando y habíamos dejado de visitarnos. Se preguntará usted por qué entonces la invité a mi fiesta. La verdad, por poco grata, por ruin que resulte, es que la invité para ofenderla. Mostrarle mi mundo. Señalarle que me codeaba con los intelectuales y artistas del momento, con la gente que había vuelto del exilio y también con los nobles europeos, falsos o auténticos, que comenzaron a pulular por la ciudad a medida que se fue extendiendo la guerra en Europa. Los títulos la deslumbraban; le producían vértigo. Una fiesta que tenía como propósito arruinarle la noche a alguien debía por fuerza acabar mal. La violencia incita a la violencia, dicen —volvió a hacer intento de reír, pero se contuvo—. Pensaba yo exponer su incultura ante todo el mundo, convertirla en la chusca del Minerva, la tonta de México, el hazmerreír del momento; hacerle sentir, sobre todo, con quién pretendía medir sus fuerzas. El desastre no se hizo esperar y la única castigada resulté yo. Acababa de inaugurar unas semanas antes la galería con una recepción que salió bastante lucida. No tenía por qué repetir el número en mi casa. Ya la idea de hacer

algo para celebrar a la vez la exposición de Julio Escobedo y el regreso de mi hijo no era un acierto. ¿Qué podía importarle a Ricardo que en la fiesta que le ofrecía por volver a casa estuviera presente el ministro de Educación o el director del Museo Nacional? Debía haber sido otra fiesta, o ninguna. Total, ya las habría cuando de nuevo se ambientara en el país. Tampoco para Julio tenía sentido esa reunión, me imagino. Aquellos personajes ya habían estado en la galería. A la reunión de mi casa deberían llegar sólo sus amigos más íntimos; así lo habíamos convenido, pero todo salió de otra manera. En el primer momento se habría podido pensar que aquello era una alegoría de la reconciliación del país. En esos días, con motivo de la guerra, se hablaba mucho de unidad nacional; la noche de marras, mi casa parecía la sede de su realización. ¡Meras apariencias! No ha habido fiesta más desastrosa. Para abrir boca, Ida Werfel fue golpeada por un enajenado. Luego el general Torner, convertido en protector de Matilde Arenal, quiso golpear a Julio porque creyó que agraviaba a la actriz en un retrato... ¿La alcanzó usted a ver en alguna de sus últimas temporadas? No, por supuesto, no estaba usted en edad. No era nada mala, a pesar de ser poco inteligente. Cuando Torner se casó con ella no le permitió volver al teatro, ni siquiera en calidad de espectadora... Bueno, el general, que tenía fama de tranquilo, que afirmaba quererme como un padre, armó esa noche un escándalo de poca..., como dicen mis sobrinas. Quiso golpear a Julio. ¡Un horror!, y luego, la verdadera desgracia, los disparos, el muerto, mi hijo herido, gravísimo.

—Balmorán me dijo que lo acompañó a hacer una reclamación —pudo al fin intercalar Del Solar.

—¿Pedrito Balmorán? ¿Ya lo conoció? ¿Se dio cuenta, me imagino, de que está loco? Hace mucho que vive en la irrealidad.

Miguel del Solar relató a grandes rasgos su visita. Hizo hincapié en la tesis de Balmorán de que la persecución había comenzado desde que se supo que tenía unos papeles sobre un cantante mexicano del siglo XIX, un castrado para más señas.

—¿No se le quita eso de la cabeza? ¿No se da cuenta el estúpido de que lo único que hace es seguir el juego de Eduviges? ¿A quién diablos podían importarle esos papeles? Es posible que se trate de

una venganza, y se obstina en ocultar las causas. Que hubiese, por ejemplo, obtenido esos documentos de modo indebido y el auténtico propietario se presentara a recuperarlos y de paso decidiera llevarse otras cosas. Muy jalado de los pelos, de cualquier manera. ¿Por qué lo iba a acompañar Ricardo, si no lo conocía? ¿Y a qué bajó él esa noche? ¿Se lo dijo?

—Sí, algo dijo. Al parecer, un tal Martínez, el agresor de Ida Werfel, le había transmitido algún tiempo atrás el interés de una tercera persona en comprarle los documentos sobre la vida del castrado. ¿Ve usted? Cierta valor debían tener para alguien. Esa noche, Martínez le insinuó que sabía quién había asaltado su departamento, y se había llevado los papeles. Después de golpear a Ida Werfel, lo echaron de su casa. Ahora bien, Balmorán dice que volvió a aparecer un rato después en el corredor para llamara a Pistauer. Fue entonces, posiblemente en copas, cuando se animó a reclamarle. Quería saber quién había asaltado su estudio. Entre otras cosas se habían llevado la tesis con que estaba a punto de recibirse. Al salir tropezó con su hijo y le pidió que lo acompañara. Quería tener un testigo de su conversación con Martínez.

—No crea usted jamás ni la cuarta, ni la décima parte de lo que cuente Balmorán. Se lo advierto, es un mitómano irremediable. Nadie lo supera. Lo ha sido toda su vida. Con el tiempo seguramente ha construido esa versión y debe creerla a pie juntillas. En el hospital, Ricardo me dijo que Pistauer le pidió acompañarlo. Apenas hablaba español y quería que mi hijo le explicara al taxista cómo llevarlo a su casa. Se habían conocido esa noche, debían tener más o menos la misma edad. Cuando salieron a la calle, un coche apostado frente al edificio los recibió a balazos. Ricardo ni siquiera advirtió que Balmorán los había seguido. También él resultó herido, ¿se lo dijo? De ahí provienen sus deformidades y con toda seguridad su desequilibrio mental.

—¿No sería posible que el atentado fuera obra de la gente afectada por esa comisión recién formada, quienes temían la intervención de sus bienes? Tal vez querían hacerle a su padre una advertencia; de allí el ataque a su nieto.

—Miguel, no se deje seducir por melodramas. ¡No!, repito, ¡no!, si de algo estoy segura es de que el atentado nada tuvo que ver con mi padre.

—¿Cómo puede estar segura?

—Por una sencilla razón: soy partidaria de los hechos. Para nadie era un misterio que mi padre estaba muy enfermo; pocas semanas antes se había visto a las puertas de la muerte. Se recuperó, por suerte, pero en esos días no se podía prever. Los diarios publicaron que por esa razón no había aceptado formar parte de la Junta de Intervención de los Bienes del Enemigo, como se llamó a esa comisión. El licenciado Cabrera la presidió, ya se lo he dicho, y que yo sepa, nunca le balacearon a sus hijos ni a sus nietos... Mire, siempre es bueno hablar claro; los matones estaban a la espera de Pistauer, el hijastro de Arnulfo Briones. Uno de ellos bajó del coche a rematarlo. A Balmorán y a mi hijo les tocaron balas casuales, pues no era a ellos a quienes buscaban. Si lo que se proponían era poner nervioso a mi padre, ¿por qué entonces matar al hijastro de Briones, un hombre ligado desde mucho tiempo atrás con los alemanes? ¡Qué raro!, Balmorán nunca me habló de esa reaparición de Martínez para sacar a Pistauer del edificio.

—Posiblemente también ha fabricado esa versión y ahora la repite de manera mecánica —dijo Del Solar, fatigado por la intensidad que emanaba de Delfina desde el comienzo de la conversación.

—De su mitomanía no necesita hablarme, soy la primera en haberla sufrido; pero alguna vez podría decir la verdad —respondió con incoherencia, y luego preguntó—: ¿Qué le dijo exactamente?

Repitió la descripción del episodio. La aparición de Martínez, la inmediata salida del austriaco. La petición de Balmorán al hijo de Delfina a que lo acompañara como testigo a la calle.

—¡Venga! ¡Vamos al jardín a cortar unas flores! —exclamó de pronto la anfitriona, como si estuviera harta de oír sandeces.

Caminaron hasta la hondonada al fondo del jardín. Bajaron al cauce del arroyo. Ella llevaba unas tijeras de podar. No era posible afirmar que estaba nerviosa, pero sí distraída. Junto al arroyo se dejó caer en una banca, y le hizo señas de que hiciera lo mismo. Luego llamó a un muchacho que colocaba unas piedras en una especie de dique casero, la represa primitiva, le entregó las tijeras, le dijo que cortara unas aves del paraíso, pero que antes fuera a la cocina por un par de whiskys.

—Yo tal vez prefiero un café —aventuró Del Solar.

—No creo que sea la hora estricta para empezar con la copa, pero con este calor uno se puede permitir alguna flexibilidad, ¿no le parece? —contestó Delfina. Luego, con el mismo aire adusto, reconcentrado, con una voz cuya sequedad le recordaba el final de su primer encuentro, continuó—: Tal vez el incidente nunca llegue a aclararse. A mi hijo le perforaron un pulmón, ya se lo he dicho; murió cuando apenas acababa de cumplir 22 años. Nunca pudo restablecerse; ese par de años los vivió como un inválido. Por lo tanto se supone que debía ser yo la primera interesada en que los hechos se aclarasen, y que en caso de que el culpable o los culpables viviesen aún, se les castigara con todo el peso de la ley. Sin embargo no es así. ¿Para qué hurgar más en esto? Mi padre era de opinión que en política cuando se perdía una batalla lo mejor era echar tierra al pasado y emprender de inmediato nuevas cosas. ¡Ha corrido tanto tiempo! ¿Para qué remover estas historias, cuando de antemano se sabe que nada va resultar?

—¿Lo juzga usted imposible?

—Usted también.

—No lo crea; mejor dicho, no lo sé. Estoy tratando sencillamente de investigar una época. Como le dije en un principio, leí una serie de documentos que fueron el punto de partida de este nuevo trabajo; en aquel expediente sobre las actividades de agentes extranjeros en México se aludía a crímenes que tuvieron lugar en el edificio donde usted vivía entonces. Me doy muy bien cuenta del elemento grotesco en esta parodia de investigación policiaca que realizo. Le ruego me disculpe. Cuando leí aquel legajo no encontré su nombre; tenía totalmente olvidado que su hijo era una de las víctimas. Pero si he de decirle la verdad, de haberlo sabido también la habría importunado.

—Le agradezco que me lo diga. Pero ya se lo he dicho; en el caso de mi hijo se trató de un error —insistió de mal humor, como si le hablara a un niño empeñado en no comprender algo muy simple—. Los crímenes a que con toda seguridad se refiere ese expediente fueron los de Pistauer y el de Arnulfo, el hermano de Eduviges.

—¿También usted cree que lo asesinaron?

—Por supuesto. Y mire, estoy segura

de que ese caso debió quedar resuelto. Mi padre me dijo que no moviera un dedo. Las autoridades tenían todos los hilos en la mano. Si hubo culpables con seguridad fueron castigados.

—Culpables tuvo que haber por fuerza. Me acaba de decir que Pistauer y Arnulfo Briones fueron asesinados.

—Uno habla a veces por hablar... Pero bien, tiene razón, si hubo crímenes, hubo criminales; estos últimos fueron seguramente castigados en el momento debido. ¿Para qué tratar de investigar el caso 30 años después? No pretendo encubrir a nadie. ¡Nada más eso me faltaba! Sólo quiero decirle que la situación era muy compleja. Se movían intereses muy intrincados. El mundo en que Briones se movía era decididamente tenebroso, esa gente andaba como loca; en la desesperación eran capaces de cualquier cosa. Me considero una persona capaz de actuar con sangre fría. Pocas cosas me sacan de quicio, quiero decir, me alteran —respiró profundamente, le brillaron los ojos. Parecía buscar las palabras para hacerle una confidencia, pero se detuvo a tiempo—: Sí, sí, se movían varias corrientes, algunas muy turbias. Ese tal Martínez, al que usted aludió, trabajaba al servicio de su tío.

—¿De quién?

—Nada menos que de Arnulfo Briones.

—Briones no era tío mío. Eduviges sí, aunque el parentesco es sólo político. Su marido era primo de mi madre.

Delfina soltó otra de sus habituales carcajadas; un graznido breve y seco.

—Celebro que le irrite ese parentesco. ¡Y mire que yo soy de manga muy ancha! Pero hablábamos de Martínez, ¿no es cierto? También yo lo conocí. Le dio por llegar a la galería, con la encomienda, según decía, de alguien muy importante que por el momento prefería permanecer a la sombra, de elegir un cuadro para regalárselo a otro personajazo a quien tampoco podía mencionar. No estaba autorizado para hacerlo, afirmaba. No tuve el menor interés en preguntarle nada, lo que al parecer lo desconcertó. Es posible que pensara que con tantas ínfulas y tanto misterio iba a darle un trato preferencial, a bailar la música que me tocara; en fin, no sé qué esperaba de mí. Pude darme cuenta a los pocos minutos de que no tenía idea de lo que era pintura; lo que menos le interesaba era ver los cuadros que había comenzado a mostrar-

le. Me hizo una que otra pregunta personal bastante absurda. Por un momento llegué a sospechar que aquel hombrecillo espeluznante pretendía enamorarme. Agitaba los brazos de un modo incoherente al hablar. Era una porquería. Durante unos minutos parecía incapaz de sostener la mirada; en otros, la fijaba en los ojos del interlocutor, como si deseara hipnotizarlo. Mire, Miguel, me tocó en suerte tener un padre que un día era ministro y al día siguiente debía hacer las maletas y salir al exilio, y viceversa. No olvide que me crié en épocas muy agitadas. Convivir desde niña con aquel medio me agudizó, lo quisiera yo o no, un sexto sentido. A los cinco minutos de tratar con aquel mamarracho estaba segura de que me encontraba frente a un tipo peligroso, con toda seguridad al servicio de alguien. Hay un cierto tipo de hombres que son incapaces de actuar por cuenta propia. Él era de esos. Le dije a una empleada que atendiera al cliente, me despedí con la mayor naturalidad y me encerré en mi despacho. Le ordené a mi secretaria que no me interrumpiera esa mañana por ningún motivo. Pero Martínez era una sanguijuela. Volvió dos o tres veces, tal vez más. Se hizo amigo de las muchachas que trabajaban conmigo. Comencé a tropezar con él también en el edificio donde vivía, el Minerva, ya lo sabe usted. Siempre era lo mismo, quería hacerme conversación y yo lo esquivaba, tal vez con un poco más de altanería de lo normal, para hacerle sentir que no éramos del mismo medio, y demostrarle que no le tenía ningún temor. Le pedí a mi chofer, un hombre de toda la confianza de mi hermano Andrés, que lo observara. Supe que trabajaba con Briones, que visitaba a las Werfel, a Balmorán, a la portera, que pasaba parte de su tiempo en el apartamento de Eduviges, donde Arnulfo tenía su despacho. Traté de prevenir a Ida, quien se negó a entenderme, empeñada en considerarlo sólo como un latino de fuego enloquecido por sus blancas pechugas. Ya usted conoce el resultado. Hubo que sacarlo de la fiesta cuando la emprendió a golpes con ella. Imagínese mi sorpresa al verlo sentado campechanamente en mi sala. Nadie lo había invitado. ¡Jamás se me hubiera ocurrido! Se presentó cuando ya había gente en la casa. No podía permitirme una escena, de otro modo lo habría mandado echar desde un comienzo. Ya usted advertirá la atmósfera que rei-

naba en el edificio hacia noviembre del 42, con ese tipo de gentuza mezclada siempre con nosotros.

Les habían llevado el whisky. Delfina ordenó unos antojitos y café. Nunca preguntaba, por lo visto, lo que deseaban los demás. Se había quedado en silencio, como perdida en sus recuerdos. Sacó de su bolso una revista de arte y se la tendió abierta en una página que reproducía fotos de pintura reciente. Mientras Del Solar leía distraídamente, la anfitriona con su copa en la mano fue a conversar con el jardinero. Los vio caminar por un sendero al borde del arroyo, gesticular, señalar unas trepadoras de mínimas flores amarillas, desaparecer, y después de un rato volver sola a la banca, sin que se le hubiese movido un cabello, ni arrugado la falda, ni alterado el maquillaje. Conocía el secreto de ser impecable. Caminó hacia él con aire muy serio. Una severidad tribunalicia contrastante con la rica coloración del jardín. Pareció sorprenderse con la rapidez con que habían colocado frente a él un plato con taquitos, unas tazas y la cafetera. Mientras le servía, volvió a tomar la palabra:

—Usted es historiador, no novelista, por eso puedo comentar estos temas que no suelo airear. Sé con quien puedo hablar. Como verá —dijo con su sonrisa más pulcra— no he perdido mi sexto sentido. Detesto hablar de mis tragedias personales pero debo decirle que la muerte de Ricardo, mi hijo, fue el golpe más duro que he sufrido en la vida; poco después, sobrevino la de mi padre. De ambas me siento culpable; por supuesto, no de haberlas causado. Son las dos personas a quienes más he querido, las únicas si a eso vamos. Fueron en realidad los hombres de mi vida, y a ambos les fallé.

Del Solar escuchó el relato de Delfina enunciado con una voz neutra, como si la emoción, en caso de existir, se mantuviera siempre en el fondo, rezagada, a pesar de ciertos énfasis producidos más bien por la adjetivación.

Había sido la única mujer entre cinco hermanos. La menor. Su padre y hermanos la quisieron con locura. Eso la hizo sentir siempre muy poderosa, pero a la vez ceñida por un marco de hierro. Nunca podía salir sola; le supervisaban los amigos, los lugares, los horarios. A la salida del cine, del teatro, de una fiesta, había un coche y un chofer esperándola. Por

eso, antes de cumplir 20 años ya estaba casada. Y a la semana ya se había arrepentido. Cristóbal Rubio, el varón elegido, resultó un auténtico patán. La tenía más encerrada que de soltera, la trataba mal, hasta los libros le racionaba; leyó sus diarios, y se los comentó entre carcajadas y bromas procaces. La embarazó casi de inmediato. La veía como un negocio, una buena inversión, y no lo disimulaba. Era tal vez lo que más la ofendía; que su cuerpo constituyera para aquel cabrón una especie de labor redituable. A los tres meses no pudo más y habló con sus padres. Quería volver a casa. Cristóbal insistió en vivir con ella. Le dieron un cuarto al fondo, donde en otro tiempo quedaban las cocheras, un cuarto casi de servicio, que aceptó sin la menor dignidad. No volvieron a tener relaciones. Al nacer el niño lo registraron y se separaron. Su padre y sus hermanos se encargaron del divorcio, y ella entretanto se fue a vivir a Nueva York, donde el marido de su prima Rosa había instalado sus negocios. Pasó con ellos casi dos años. Rosa tenía en aquel entonces un hijo de nueve o 10 años, Gabriel. Ella volvió a interesarse de nuevo en sus estudios de letras; hacía una vida muy intensa, teatro, música, galenas, fiestas de muy diversos tipos, lo que había esperado cuando decidió casarse, la conquista de un espacio donde ampliar su personalidad, no el descenso a la tumba. Regresó a México en 1926. Poco después, su padre rompió con Calles y ella lo acompañó al exilio. Pasó siete años en Europa. Al volver se instaló en una casa propiedad de su madre en la colonia San Rafael. En 1934 una divorciada que viviera sola tenía siempre a su alrededor una aureola de escándalo. Se arriesgó. Fue amiga de todo el mundo que de verdad valiera la pena. No tuvo que esforzarse demasiado para ser una de las mujeres con más estilo de la ciudad. Decirlo le producía una evidente voluptuosidad. Poco tiempo después murió su madre y su padre comenzó a decaer. Se le presentó un padecimiento en los riñones muy doloroso. Hizo luego un viaje de trabajo a Chiapas y a Guatemala del que volvió con una micosis muy rebelde, los médicos detectaron unos hongos microscópicos bajo el cuero cabelludo. En principio aquello parecía muy fácil de curar y no daba sino leves molestias, pero acabó por transformarse en un mal pernicioso, logrando filtrarse en todo su organismo. Cuando la enfermedad co-

menzaba, el doctor Muñoz, su médico, le recomendó una clínica inglesa especializada en enfermedades tropicales. Volvieron a embarcarse; los dos solos por primera vez, lo que había sido el sueño de su niñez y adolescencia, y comenzó a llamarlo “licenciado”, igual que su madre. En Londres se internó de inmediato en la clínica, donde ella lo visitaba a diario. En una cena de la embajada volvió a tropezar con Cristóbal Rubio, el padre de su hijo a quien apenas recordaba. Nunca acabaría de comprender, dijo, qué locura se apoderó de ella. De soltera, cuando con entera frialdad lo eligió por marido, había sentido por él una atracción más bien epidérmica. Era bien parecido, vestía bien, sabía hablar; eso era todo. Pero la noche del encuentro en Londres llegó trastornada a su hotel. Una vez fueron al teatro y otra más a bailar; no había pasado una semana cuando le propuso hacer un viaje rápido a Venecia. Ella se había enamorado; fue incapaz de decir que no. Inventó mil mentiras para separarse unos días de su padre. Le dijo que unas antiguas compañeras de colegio se reunirían en Italia. El licenciado no dijo nada, jamás le hizo el menor reproche, ni aludió a esos días en que Delfina lo dejó solo en el hospital. Lo único que le pidió es que no lo llamara “licenciado”, igual que su madre, porque lo entristecía. Volvió de ese viaje hecha trizas. En París, Cristóbal se vengó de lo que llamaba las vejaciones que una docena de años atrás ella y sus familiares le habían infligido. No escatimó ninguna humillación. No llegó a Venecia; decidió interrumpir el viaje y volvió al segundo día, más perturbada aún, al lado de su padre. Le dijo que había abreviado el paseo porque no podía resistir la idea de dejarlo solo en manos mercenarias. Él no comentó nada, pero la relación no volvió a ser la misma. Murió poco después que su hijo Ricardo. Al regresar a México se veían a menudo. Ella comía en casa de su padre una o dos veces por semana; él, en cambio, dejó de visitarla y sólo lo hizo después del atentado contra Ricardo; se disculpaba siempre, hacía alusión a sus males; frecuentaba, en cambio, las casas de sus hermanos. Le prometió ir a la inauguración de la galería; aunque fuera por unos minutos. Pero a última hora la llamó para excusarse. Su salud se lo impedía.

Delfina escanciaba las palabras con corrección, sin prisa ni alteraciones. Pare-

cía relatar una historia ajena. Sin embargo, Del Solar creyó percibir una corriente real de emoción. Una corriente que no intentaba desembocar en ninguna parte, no deseaba establecer comunicación, y prefería, como todo en ella, almacenarse, macerarse.

—¿Se enteró con quién y dónde pasó usted ese par de días? —preguntó Del Solar, como si saliera de un trance hipnótico.

—¡La mayor estupidez que he cometido en la vida! —comentó Delfina, sin responder a su pregunta—. Mi fuga a París. ¡Un par de días con consecuencias fatales! Aún ahora siento que no he acabado de pagarlo. Cuando regresamos a México, Ricardo tenía ya cerca de 14 años. Estaba en plena adolescencia. Conocí entonces a un colombiano y comencé a jugar con la idea de casarme con él. Había vivido mucho tiempo sola, comenzaba a aburrirme. Pero Ricardo estaba en la peor edad para comprender ciertas cosas. Lo habíamos mimado en exceso, yo desde luego, pero también mis padres, mis hermanos, su nana. Vivía demasiado pegado a mis faldas, me parecía que no se desarrollaba como era debido, empezó a encelarse, a hacerme escenas de violencia. Hacía poco habíamos vivido una tragedia familiar que aún hoy recuerdo con espanto. Rosa, la sobrina de mi madre, con quien viví en Nueva York después de divorciarme, acababa de morir. La manera en que Gabriel y Rosa se devoraron uno a otra, me produce aún escalofríos. Desde que enviudó, la pobre no logró hacer sino tontearías. Le había quedado mucho dinero y decidió instalarse en México. A los tres o cuatro años de estar aquí le salió un pretendiente. Gabrielito, el muchacho, se puso como loco. La espiaba, le hacía toda clase de chantajes, le decía cosas horribles y luego, cuando Rosa rompía a llorar, se tiraba a sus pies en plena histeria. Llegó a intentar un suicidio. El pretendiente se hartó, peleó con mi prima y al fin deshicieron el compromiso. Rosa fue a contarme la noticia con un aire radiante. Comprendía que el matrimonio hubiera resultado imposible. Ella no quería casarse, me dijo, había dejado que las cosas marcharan sólo por inercia, un poco por darle a Gabrielito un padre, lo que él había demostrado no necesitar. La eliminación de la boda, afirmaba casi a gritos, la hacía sentir libre, feliz. Yo no me quedé tan convencida. Había una fiebre

excesiva en sus palabras; los ojos le brillaban demasiado; gesticulaba con una desmesura próxima al circo. Al rato pasó a recogerla Gabriel. Él sí mostraba una felicidad auténtica. Soberbio y modesto al mismo tiempo, sin enorgullecerse demasiado de su triunfo, pero tampoco sin ocultar la dicha que le proporcionaba. Habían decidido cambiar de aires, hacer un viaje a Europa. Se embarcarían dentro de unos cuantos días en Veracruz, rumbo a Cherburgo. Se merecían ese viaje, decía Rosa; ambos tenían los nervios muy gastados. Luego, en los años siguientes, los vio relativamente poco. Volvieron dos o tres veces, transformados en una pareja aterradora. Rosa era un esqueleto; decían que se inyectaba morfina. Unas inmensas ojeras verduzcas la convertían en una caricatura; una muñeca trágica, movida por un mecanismo de cuerda, tan maquinales y sonambúlicos eran sus ademanes. No hacía sino hablar de su hijo, de lo feliz que había sido con él, del futuro maravilloso que le esperaba, de su inteligencia y sensibilidad, de lo feliz, volvía a repetir una y otra vez, que había sido en los años pasados en el extranjero. Se oyó un tango en la radio; Rosa se levantó, subió el volumen y comenzó a bailar sola; se doblaba de espaldas, parecía estar a punto de desgajarse, luego se erguía, daba unos pasos muy largos y era un puro espejo de demencia. Al final del tango me dirigí al radio y lo apagué. Volvió a sentarse a mi lado y siguió hablándome de su hijo. Gabriel la había hecho disfrutar Venecia, donde por lo general residían. Gracias a Gabrielito sabía apreciar al Giorgione, al Crivelli y al Tiziano. Gracias a Gabrielito había aprendido a amar por encima de todas las cosas la música barroca de los venecianos y también la de Stravinski, a quien a menudo encontraba en sus paseos. Gabriel se comportaba con su habitual modestia. Oía a su madre con una especie de veneración, aunque a cada momento le pedía que hablara de ella y no de él. Pero cuando el hijo no estaba presente, Rosa sólo podía hablar de sus amantes. Tal vez ficticios, inexistentes, ¡quién podía saberlo! Gigolós italianos con quienes decía pasar días enteros bailando tangos; muchachos alemanes que le habían hecho conocer los placeres más ásperos; negros de Sudán que lamían como panteras su cuerpo antes de devorarlo. Con el tiempo sus monólogos se volvieron cada vez más procaces, sor-



prendentes, intolerables. Hacía de pronto una pausa, se levantaba, ponía en el tocadiscos un *fox-trot* y comenzaba a bailarlo, siempre sola, la mano izquierda tendida hacia arriba y la derecha contraída sobre el vientre. Volvía a sentarse, continuaba hablando de líquidos viscosos derramados sobre sus muslos, describía sus verdaderos descubrimientos en México, como los llamaba, o sea, sus encuentros con choferes, soldados, porteros, albañiles, con una descompostura verbal cada vez más alarmante. Una mañana mi sobrino me llamó por teléfono para avisarme que su madre se había puesto muy mal, que el médico opinaba que era el final. Volé a su casa. El chico estaba demudado. A pesar de ser el culpable de todas las manías de Rosa, yo le tenía cariño. Parecía la imagen de la inocencia, del desamparo, y hasta de la salud frente al derrumbe de mi prima. Apenas podía hablar. Rosa, en efecto, estaba en las últimas. Había despertado sin reconocer a nadie; el doctor me repitió que no había nada que hacer.

Cuando entré al dormitorio, ella medio se incorporó en la cama: una vieja macilenta y descarnada de mirada terrible. Buscó a su hijo y cuando sus ojos lo encontraron comenzó a insultarlo, a maldecirlo. Fue un momento horroroso. Gabriel la oía sin moverse, sin hablar, cegado por la revelación de aquel odio feroz, animal, por su inconcebible magnitud. Le decía las frases más soeces, las más repugnantes, cosas que jamás podré repetir. Murió con la maldición en la boca. Ha sido la peor escena que me ha tocado presenciar. Llevé a Gabriel a casa de mi hermano Bernardo. Allí pasó unos cuantos

días en estado casi de inconsciencia. Luego regresó a Italia. Supimos poco de él, y casi siempre cosas feas. Se había propuesto morir, me imagino, aunque tardó varios años en lograrlo. Por eso cuando comencé a salir con mi galán colombiano y advertí las rabietas de Ricardo decidí cortar por lo sano. Me aterraba que volviera a repetirse la historia. Yo no era Rosa, por supuesto, pero de cualquier modo quise tomar mis providencias. Lo mandé a estudiar a California. Nos veíamos una y hasta dos veces por año. Me casé y el matrimonio no duró, pero por causas distintas a la relación con mi hijo. Ricardo fue un niño y luego un muchacho magnífico. Mi padre lo adoraba. Yo viajaba a verlo, y él venía en sus vacaciones a visitarnos. En 1942, cuando volvió definitivamente, estaba por cumplir 20 años. ¡Definitivamente! Quería ser arquitecto. Tendría ahora 50 años. ¡Qué horror! No logro imaginármelo a esa edad, me produce vértigo. La sola idea me parece monstruosa. Aún no me he repuesto, a veces me parece que ya no voy a lograrlo —dijo de pronto con violencia—. ¡Qué ganaría con saber quién le disparó un balazo! El por qué, eso lo sé, ya se lo he dicho: fue un accidente. Las estupideces del azar. Un castigo, me digo, a veces, por haberle fallado a mi padre cuando estaba enfermo, por abandonarlo en un hospital en tierra extraña. Un castigo por mandar a mi hijo al extranjero y separarlo de mí cuando más debía necesitarlo, todo para que pudiera amar a mis anchas a un colombiano de ojos esmeralda, que a fin de cuentas ni siquiera resultó ser mi tipo. Ya le digo, lo hice por su bien; no quería repetir, aunque fuese en otro nivel, el caso de mi prima y de Gabriel. Ricardo era muy sensible, podía apegarse demasiado a mí. Mi seguridad podía haber acabado con la suya.

Se presentó un mozo a avisarles que habían comenzado a llegar los invitados. Delfina salió de su trance. Se levantaron, subieron la cuesta y se dirigieron hacia la casa. La terraza comenzó a poblarse. Allí estaban ya Malú, la inevitable cuñada de Delfina, sus dos sobrinos, los Vélez, Julio y Ruth Escobedo, y más, mucha más gente. La anfitriona comenzó a circular, a dar a besar sus mejillas escuetas, a conversar con las visitas, a mostrarles las nuevas plantas.

Llegó la comida y pasó. Miguel del Solar hubiera querido hablar con Escobedo y con su mujer, pero estuvieron senta-

dos en mesas distantes y se retiraron antes de que los demás terminaran de comer. Al cabo de un rato se retiró a su habitación. Leyó durante varias horas un libro de Dickens, *Nuestro amigo común*, que tomó de una estantería de la sala. Pensó en Ida Werfel, en los comentarios que le oyó repetir a Emma, su hija, sobre *La huerta de Juan Fernández*, una obra de Tirso de Molina donde nadie era quien decía ser, donde los personajes se desdoblaban sin cesar y adoptaban las máscaras más absurdas como si fuera el único modo de convivir con los demás. Lo mismo ocurría en la novela de Dickens. La misma suplantación de personalidades, los nombres falsos, las biografías ficticias. Recuerda la primera vez que comió en casa de Delfina; habló ella de su libro en torno a la escisión de personalidad en la novela victoriana. Es decir, el ocultamiento, la máscara, la confusión de la verdadera identidad. ¿Por qué surgía siempre esa nota? ¿Hacia dónde apuntaba? ¿Quién simulaba ser quien no era? Tocaron a la puerta para decirle que estaban por servir la cena. En la cocina no encontró sino a Malú Uribe y a Rosario, la sobrina de Delfina; el resto de los invitados se había marchado. Delfina, le dijeron, se había acostado, estaba cansada y con jaqueca. Él apenas habló; también estaba cansado y las dos mujeres discutían sobre un asunto de impuestos que nunca llegó a entender, ni se interesó en hacerlo.

Volvió a su cuarto. Siguió leyendo a Dickens y luego durmió unas cuantas horas. Le había dicho a Delfina que regresaría a México por la mañana. Él quería comer y pasar la tarde de ese domingo con sus hijos, quería también hacerle aún varias preguntas a Delfina. En realidad, todas. El administrador del Minerva había aludido a una anciana alemana que subsistía en forma vegetativa en un departamento del último piso. Alguien tal vez del grupo de alemanes refugiados en México. Quizá testigo de las luchas subterráneas que tuvieron como escenario el edificio. Se hizo repetir dos veces la primera pregunta con aire de no comprenderla; luego le respondió con una sonrisa desabrida:

—¿Cómo puedo saber quién vive en un edificio donde no he puesto los pies desde hace 30 años? Ya se lo he dicho, yo sé muy poco, nada, de lo que pasaba allí. Lo único que puedo decirle es que algunas personas se dedicaron a hacer irrespi-

rable el aire. Usted, Miguel, y debe perdonarme que se lo diga, se ha equivocado de interlocutor. Soy, si le parece, una mujer excesivamente limitada, me ocupo de muy pocas cosas, de mi galería, de mis pintores, de la salud y felicidad de un grupo reducido de amigos y familiares. Todo lo demás me tiene sin cuidado. Hable usted con Eduviges; ella siempre ha estado en todo, le dirá quién es quién, quién vive en qué casa, quién trabaja en qué oficina. Yo me ocupo de otros asuntos.

Miguel del Solar regresó a la ciudad de México. Mientras conducía su automóvil recordó el aire de retraimiento de Delfina, esa especie de egoísmo físico, de rechazo a la entrega, que emanaba de su cuerpo, y se preguntó por qué lo habría invitado a pasar el fin de semana en Cuernavaca. Fuera de las dos mujeres de su familia, sólo él había gozado de tal privilegio. ¿Para hablarle exclusivamente de su vida personal? ¿Para demostrar que detrás de ese exterior adusto y ascético había latido una vez la sangre y se habían albergado y enconado las pasiones? El padre, un par de maridos insignificantes que parecían fichas intercambiables en su biografía, los amigos, un hijo. ¿Por qué parecía saberlo todo y negarse a decir cualquier cosa que pudiera arrojar luz sobre lo ocurrido en su casa una noche de 30 años atrás? ¿Por qué le sugería que abandonara las averiguaciones?

Esa hermosa mañana de primavera le resultaba más que evidente la pérdida de tiempo y aun el rumbo en su obstinación por aclarar el asunto del Minerva. Lo atrapaban las ramas, le escamoteaban el bosque.

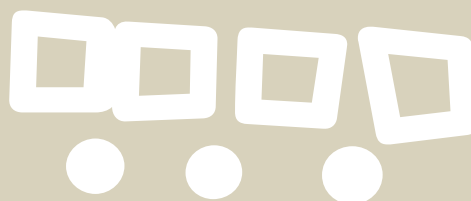
Sólo de algo estaba seguro. Ese día, al llegar a México escribiría a Inglaterra, le comunicaría a la Universidad su decisión de no volver. Rescindiría el contrato, pues había decidido quedarse a trabajar en su país, y dos horas más tarde, ya frente a la fachada de su casa, se le ocurrió que Delfina había actuado de un modo más que maquiavélico, que era falso que tratara de hacerle perder el interés en el asunto del Minerva; con su manera elusiva y los varios coscorrones que le había propinado sólo había conseguido avivar su curiosidad. Sus palabras estaban dirigidas a orientarlo hacia ciertas pistas, devolverlo, sobre todo, al cauce familiar, obligarlos a interrogar, pero a fondo, a Eduviges.

Libro de las mutaciones (fragmento)

☞ **Darío Jaramillo Agudelo**

**El potro blanco que cruza la habitación del viajero,
el potro blanco que galopa lento invade la nocturna tranquilidad
de las alcobas,
atraviesa incólume paredes y surca ante los ojos del viajero
el espacio de una ciudad helada donde llueve a las dos
de la mañana,
el potro blanco que vuela entre luces de neón, húmedo
y brillante blanquísimo vuela,
después de atravesar el cuarto del viajero que lo observa
con mirada que desconoce el asombro, que ignora la rutina,
que lo observa con mirada que retrata a un gimnasta
de belleza perfectísima,
flota el potro blanco, brillante el potro blanco húmedo vuela,
ave fénix del viajero: en adelante sólo lo orientará
la mano cálida
de una baraja desplegándose: allí verá el viajero realizado
el sueño
de alguien que soñó que era un ángel, una vez, hace años,
allí el viajero oirá cantar y esto quiere decir que deberá
detenerse
porque el tiempo ha hecho un alto en su camino.**

• Tomado de Libros de poemas, publicado este año por la filial colombiana del FCE en la colección Tierra Firme.



Pasemos ahora a lo verdaderamente importante: la literatura

☞ **Juan García Ponce**

► **Prólogo a las *Obras completas* de Juan García Ponce, en curso de publicación dentro de la colección *Letras Mexicanas del FCE*.**

Ha llegado para mí y para los lectores que se interesen, el momento de las obras completas. Esto tiene por lo menos una doble vertiente. Es absolutamente placentero y simultáneamente encierra una terrible responsabilidad: ¿cuál debe ser su orden? Sé de una manera definitiva porque lo estoy viendo ahora que empiezo a dictarla a mi ayudante María Luisa Herrera, que este prólogo está escrito en la misma anticuada máquina con la que hace un incontable número de años mi vocación de escritor se hizo pública: esto data de cuando el entonces presidente Adolfo Ruiz Cortines me entregó en la Ciudadela el Premio Ciudad de México que gané a los 24 años con una obra de teatro: *El canto de los grillos*. Ahora ya soy viejo y dicto estas líneas. Puedo decir, copiando a Jorge Luis Borges, que en el curso de una vida dedicada menos a vivir que a escribir, se encierra todo lo que forma mi biografía. Pasemos ahora a lo verdaderamente importante: la literatura. Voy a irme muy, muy atrás.

Homero, poeta que según una oscura tradición tal vez ni siquiera era una sola persona, lo cual no importa, es Homero. Hizo los versos inmortales en los que se narra, gracias a él, la conocida historia de la guerra entre aqueos y troyanos y la también prodigiosa historia de Odiseo o Ulises en su largo viaje de regreso de esa guerra hasta llegar a su casa donde lo esperaba Penélope pacientemente tejiendo el manto que destruía por la noche para librarse así de sus muchos pretendientes, porque ella deseaba serle fiel a Odiseo.

Platón descalificaría a Homero en *La República* porque, de acuerdo a sus escritos, contribuía a la invención de los dioses: Zeus y su maravillosa corte celestial de dioses y diosas, tan dispuestos a encarnar como hombres para hacer todo tipo de adorables tropelías. Desde entonces Homero creó un largo hilo sobre el cual avanza o retrocede la humanidad. Es imposible, al menos para mí, detenerse en todo lo que ha pasado por ese hilo. Pero puedo dar algunos datos imitando a Herodoto, creador de la historia y que nos reveló a Egipto. Ingleses y franceses le robaron a Grecia los restos visibles de los templos y estatuas de ese glorioso pasado y hasta la pintura que permanecía en diferentes vasijas. Sin embargo, nos pertenecen a todos las huellas verbales que sobreviven en las tragedias de Esquilo, Sófocles y Eurípides así como en las comedias de Aristófanes. En Roma, que tanto siguió los caminos trazados por Grecia, se creó una tradición más fuerte aún, en cuanto a su sobrevivencia, y de ahí en adelante sólo puedo avanzar a grandes saltos y con un cierto desorden. En la pintura Lucas Cranach se vale de las historias griegas para crear algunos de sus cuadros más memorables. Ahí está Artemisa bañándose acompañada por sus ninfas, quien convirtió en ciervo a Acteón, el cazador obseso con la idea de ver a la diosa y que pagó esa audaz fechoría cuando sus propios perros lo mataron, o la seductora figura de Venus con Eros, que son los temas de dos cuadros que poseo en reproducciones colocadas sobre mis escritorios, una en mi estudio y otra en mi cuarto, y que miro continuamente. Milton, ciego como aseguran que era Homero, se atrevió a parodiar la guerra de Troya y según nos lo asegura Borges tenía que resignarse a hacer una parodia. Tal vez todos hacemos, al seguir ese largo hilo, tan sólo parodias. Racine anotaba meticulosamente para los lectores los antecedentes en los cuales se había basado para escribir sus tragedias. En mi ca-

so los antecedentes son tan variados que ni siquiera vale la pena mencionarlos concretamente. Daré algunos ejemplos, y no estoy seguro de llegar al fin a estar en brazos de alguna Penélope, que no sería una mujer específica ni estaría en un lugar concreto, sino en el mundo sin límites de la literatura. Ya en su bello libro *Memorias de Adriano*, Marguerite Yourcenar recupera un fragmento de la historia de Roma escribiendo las supuestas memorias de Adriano dirigidas a Marco Aurelio porque en esa época, en Roma, el Emperador elegía a su sucesor no de acuerdo a los lazos de sangre tan nefastos, sino por decisión propia. Adriano elige a un sucesor mediocre pero discreto al que le ha ordenado que nombre, después de él, a Marco Aurelio pues ha decidido que éste es el más apropiado; y Cesare Pavese recupera un fragmento de la de Grecia en sus *Diálogos con Leucó*. De él nos cuentan que solía pasear por las calles con los ojos cerrados recitando en voz alta a Homero, y Pierre Klossowski realiza el simulacro de *El baño de Diana*. Entonces, al citar a Klossowski, tenemos que pensar en un tronante profeta: Friedrich Nietzsche. Él fue el que nos dijo: “Dios ha muerto, lo matamos nosotros que también lo habíamos creado”. De ahí podemos deducir que todos los dioses son inventados por los hombres para protegerse del fantasma de la muerte. Lo supieron muchos de los artistas anteriores a nosotros. Lo único que puedo escribir ahora es que debido a la realidad de la muerte la literatura, en el mejor de los casos, aprovecha nuestra breve vida para seguir inventando historias; en mi caso, cuentos, novelas, teatro y ensayos de literatura y pintura.

Ignoro a ciencia cierta cuál va a ser su destino ya que nadie sabe con certeza tal cosa; yo sólo confío, por desgracia sin saberlo con seguridad, que seguirán viviendo a través de los lectores, y en verdad tampoco me importa. Recuerdo ejemplos tan ilustres como el de Proust

quien murió antes de que se publicara por completo *En busca del tiempo perdido*, como nos cuenta Samuel Beckett en su maravilloso ensayo sobre Proust, diciendo, además, que para escribirlo se sirvió de la abominable edición en 11 volúmenes de Gallimard; y en español, el de Luis Cernuda, quien vivía en México como refugiado después del triunfo de Franco con su larga dictadura, cuyas obras completas ahora se publican en España en ediciones mucho más lujosas y rimbombantes de las que hizo en México el Fondo de Cultura Económica, cuando murió en este exilio sin saber cuál iba a ser su destino en España, de la que tenía una perenne nostalgia al grado de decir en uno de sus poemas, *Un español habla de su tierra*: “Ellos, los vencedores / Caínes sempiternos, / De todo me arrancaron. Me dejan el destierro. / Una mano divina / Tu tierra alzó en mi cuerpo / Y allí la voz dispuso / Que hablase tu silencio. / Contigo solo estaba. / En ti sola creyendo; / Pensar tu nombre ahora / Envenena mis sueños. / Amargos son los días / De la vida, viviendo / Sólo una larga espera / A fuerza de recuerdos. / Un día, tú ya libre / De la mentira de ellos, / Me buscarás. Entonces / ¿Qué ha de decir un muerto?”

Ante la adorable denuncia de Beckett, de quien por lo demás sólo me gusta, además del libro sobre Proust, *Esperando a Godot* (que vi en París con el árbol seco, que es el único detalle de escenografía y luego en México, y puedo asegurar que era mejor la puesta en escena que vi en el teatro de La Capilla donde la dirigió Salvador Novo), y los bellos y amargos versos de Luis Cernuda, quien es un singular ejemplo de la mejor literatura, sólo soy capaz de guardar silencio para que Cernuda sirva como introducción a mis *Obras completas* que ahora publica el Fondo de Cultura Económica y dejar que mis obras, de las cuales se van a editar en primer lugar los cuentos y luego las novelas y los ensayos, me representen.



Siqueiros: huir por medio del arte

🌀 **Julio Scherer García**

► **El texto que ofrecemos a continuación ha sido tomado del libro *Siqueiros. La piel y la entraña*, publicado recientemente por nuestra casa editorial en la colección Tezontle.**

EL ABRAZO DE AÑO NUEVO

Reconstruye el pintor las horas de la víspera y la intensidad con que deseó desprenderse de esa tristeza que llevaba consigo. Evadirse de la prisión y soñarse lejos al lado de *Birucha*, como llama a Angélica, su esposa. Con ella habría querido vivir ese 1 de enero. Pero no en la cárcel, que oprime y apaga la alegría en el gris de las paredes, en las tapias que se elevan hacia el cielo, en ese gris uniforme que se mira lo mismo en el patio que en los barrotes.

Los presos habían cenado esa noche mejor que otras veces. Nada se les negó, salvo alcohol y quizá mariguana. No se les privó de la luz hasta bien entrada la madrugada y pudieron conversar y ver televisión en el cuartucho gris del capitán Guillermo Lepe, “el suegro de la crujía”, como llaman a ese viejo barrigón de mejillas coloradas, ojos pequeños y la herencia de una hija hermosa que todos codician. Pero no por eso desapareció la tristeza de Siqueiros. La llevaba adentro, como el tema de sus cuadros, como el amor por la profundidad y la tercera dimensión de algunos de sus murales.

Quiso huir por medio del arte. Pintó una gran mancha amarilla, intensísima de color, un sol —sol de libertad— que no alumbraría ni como una luciérnaga. Cuando trabajaba en la pequeña tela sintió consuelo. ¡Pero aquella sensación había sido tan fugaz!

Esa noche no estaba dispuesto a dejarse vencer. Que no llegaran a sus oídos,

tristes y lúgubres, las 12 campanadas que hasta en la Penitenciaría anuncian el fin del año. Que la campana se oyera como siempre, como en los buenos días: sonora, estruendosa, alegre.

A su modo quiso evadirse. Puestos los ojos en Juan Zaragoza, “el aristócrata”, recuerda el móvil que llevó a su amigo a la cárcel.

Zaragoza, nacido en Guadalajara y preso por sus amores seniles, sería su cómplice este 31 de diciembre. Se trata de un hombre que amó a una mujer mucho más joven que lo despreció por otro. Una noche, tibio aún el lecho en que el viejo y la muchacha se habían confundido, ella le dijo con voz arrastrada, muy baja, separada cada una de las sílabas de su insolente y venenoso vocablo:

—¡I-nú-til!

Y luego, casi a gritos:

—¡No me sirves, viejo cochino!

Siguieron frases viles. La mujer le dijo que había permanecido a su lado sólo por dinero. Extremó las ofensas y le pidió que se asomara a la calle. En la acera, indiferente, se paseaba un hombre.

—Con ese voy a terminar...

“El aristócrata” contempló a su amada con ojos suplicantes. Sabía lo que iba a venir..., pero no quería que lo dijera.

—Sí, me voy con él. Y no por dinero.

Zaragoza se arrodilló ante la mujer. Rogó mil veces. Pero la mujer galleaba. De sus labios brotaban nuevas ofensas. Zaragoza llegó a besarle las pantorrillas, las rodillas, los muslos, todo. Pero nada la detenía. Entonces la mató de un tiro.

Ahora, juntos en el cautiverio, caminan por “la calle”, el patio de la crujía. Si fuera más amplio, si no tuvieran casi pegadas a la nariz las tapias de la cárcel, si hubiera algún recodo en esa superficie rectangular, podrían hasta haberse hecho pasar por dos muchachos que imaginan las aventuras de los hombres grandes.

A ratos pasean por el Bosque de Chapultepec y “chulean” a las más her-

mosas mujeres. Luego caminan rumbo al Zócalo y hablan de política, insultan a los gobernadores, a los senadores, a los diputados y al presidente. El pintor se divierte con el abogado Guzmán Neyra, a quien llama *Gusaneira*. Ese hombre flaco, de bisoñé reluciente, planchado; ese sujeto en quien nadie podría sorprender un gesto espontáneo, como tampoco un cabello desprendido de su impecable peluca, los hace reír.

Pero luego vuelven a las muchachas, a los automóviles que circulan a toda velocidad por “la calle”. “¡Cuidado, Zaragoza, un coche! Pero qué bruto. ¿Viste? Que vaya y... ¡¡Salvaje!!...” “Pero mira qué cueros. Y son dos.” “¿Las seguimos, Zaragoza?” “Juega.” “Y qué tal si... ¿eh...?” “¿Te imaginas?”

Son esfuerzos para vencer el tiempo y dominar el tedio. Además, es preciso dar una lección a celadores y jueces, culpables de su reclusión. “Cuando dormimos, cuando nos divertimos, cuando somos más fuertes que la prisión, engañamos a todos.” Es la teoría de este par de cautivos. Es preciso “salir” de allí, olvidarse de los muros, no ver las rejas, pasar entre los barrotes, llegar al exterior de la Penitenciaría, donde el calor de la vida sí se siente.

“Imbéciles —se mienten ellos mismos—, nunca lograrán quebrarnos.” Por eso, “la calle” y los piropos a las muchachas, cuando no las caminatas a sitios muy lejanos, en pleno campo, en la playa.

Pero un 31 de diciembre había que “huir en serio” y planear muy bien las acciones de esa noche.

El pintor fue el de la idea:

—Juan, escucha. Cuando sean las 12 de la noche me das un abrazo y piensas en la persona que más quieres. Imagínate con ella. Déjate estar en sus brazos. Cierra los ojos para que no me veas a mí, y para que tampoco mires a nadie de aquí. Y yo hago lo mismo.

Zaragoza contempló a su amigo con ojos en los que se advertía asombro. Engañarse a ese extremo? ¿Soñar tanto? Abrazarse, cerrar los ojos, musitar unas palabras.

“No todos los días es fin de año...”

—Birucha, mi Birucha, Biruchita —escuchó Zaragoza poco después. Viajó muy lejos. Su conciencia se nubló y sus labios empezaron a responder al pasado. Surgieron emociones sepultadas:

—Muertita, perdóname... mi muertita linda. ¡No, no vayas con él! ¿Me oyes? Sí, estás cansada, pobrecita...

Y el pintor sintió cómo una mano temblorosa le acariciaba la nuca.

EL ABUELO, TERRIBLE Y FASCINANTE

Difícilmente hubieran podido encontrarse dos seres tan opuestos como don Cipriano Alfaro y Antonio Alfaro Sierra, *Siete Filos*. Aquél fue el padre del pintor, y éste su abuelo. Nada tan justo como anteponer al nombre del primero el “don” y dejarse llevar por el mote, en tratándose de Antonio.

Don Cipriano Alfaro, abogado de Guanajuato, era pulcro y severo. No toleraba una mancha en el traje, ni una palabra altisonante en la conversación. Guardaba las formas y cultivaba las apariencias como las más preciadas flores de una buena educación. Decía que los niños y las mujeres habían de vestirse en las tiendas de París, en tanto que los hombres debían comprar sus trajes en los almacenes de Londres. Aristócrata y Caballero de Colón, vivía una fe profunda.

David se remonta a su infancia, transcurrida en medio de contradicciones familiares. Su madre murió muy joven, siendo él apenas poco más que un párvulo. No era muy apegada a la Iglesia ni a las cosas de Dios en este mundo. Pero don Cipriano pensaba de manera distinta que su esposa. “Era un hombre extraordinariamente creyente, casi un místico. Mi madre, de Chihuahua, como buena norteña, era más bien liberal, en todo caso desaprensiva de sus deberes religiosos, lo que según me cuentan creó grandes problemas en su vida conyugal.

“Pensando en la profunda religiosidad de mi padre, un hombre que prácticamente vivía en la iglesia y hacía vivir en ella a todos los que lo rodeaban, puedo imaginarme lo que debe haber sido para mi madre asistir a varias misas —y una de ellas cantada— cada domingo, concurrir todas las tardes a todos los rosarios y a todos los sermones. No cabe duda que mi papá era una de esas personas que le hacen cumplir a uno sus deberes religiosos de toda una vida... en unos cuantos meses.”

Siete Filos era de otra naturaleza. Ateo, hercúleo, borracho, tenorio, manejaba el chicote contra las bestias o contra

aquel que se le pusiera enfrente, así se tratase de sus nietos. Afirmaba que a los niños hay que educarlos con el puño, a costa de su sangre, pues no hay peor maldición que “un puto en la familia”. A David, lo mismo que a Chucho —“las mujercitas son otra cosa”— los despertaba en la madrugada y les hacía cosquillas durante minutos. Si alguno de ellos gemía o lloraba salía a relucir la fusta. A veces arrancaba a sus nietos del lecho y los dejaba de pie en medio de la recámara. Y no era extraño que los amarrase de las argollas para atar caballos, habituales en los patios de las casas provincianas de México.

Cada vez que llegaba con algunas copas de más y encontraba a Jesús y a David jugando en el campo, solos o con algunos de sus amigos, sacaba la pistola y gritaba “¡A esconderse detrás de las piedras, jijos...!” Y vociferante como si estuviera en un taberna, empezaba a correr y a “aventar balazos”.

David lo recuerda con toda la fuerza de su alma apasionada. En su espíritu se confunden la admiración y el amor. Le gustaba el viejo, vestido de chinaco. Le gustaba que le hablara de sus mujeres y que lo llevara con él. No había nadie como el abuelo. Era tan distinto de su padre, del religioso don Cipriano. *Siete Filos* era el campo, los gritos, la pradera sin fin. Era los peligros, la audacia, la lluvia sobre la piel. Don Cipriano era la iglesia, la semipenumbra, las oraciones musitadas, los cirios que tiemblan con su luz amarillenta. Aquél no hablaba de honor, pero no permitía que nadie le levantara la voz ni insultara a una mujer en su presencia. Don Cipriano disputaba con palabras que David no entendía y hacía valer su derecho sin jamás perder la compostura.

David se entregó a su abuelo. Muchos golpes recibió de él, pero ninguno lastimó su alma. Con su padre, en cambio, disputó casi de igual a igual no bien tuvo la primera noción de independencia, que descansó en su propia personalidad, agrandada hasta sentir que podía abarcarlo todo. Al igual que su abuelo, no reconoció freno durante su infancia.

Él mismo refiere en la cárcel, a unos metros de los barrotes, de las murallas, de los celadores que se pasean, lista el arma en todo momento: “¿O no era yo lo suficientemente fuerte para sortear todos los peligros?”

Feliz año nuevo

Rubem Fonseca

► Rubem Fonseca se hizo merecedor este año al Premio Juan Rulfo. Con este motivo y como un mínimo homenaje, hemos reproducido el siguiente texto tomado del libro *Antología general de la literatura brasileña*, compilado y traducido por Bella Jozef (FCE, 1995, colección Tierra Firme).

He estado pensando en atraer una residencia en la que den una fiesta. El mujerío se llena de joyas y tengo un tipo que compra todo lo que le llevo. Y los barbados tienen la billetera llena de lana. ¿Sabes que tienen un anillo que vale cinco grandes y un collar de 15 en esa covacha que conozco? Se paga en el acto.

Se acabó el tabaco. El aguardiente también. Comenzó a llover.

—Se fue al carajo tu farofa—dijo Pereba.

—¿Qué casa? ¿Tienes alguna en mente?

—No, pero está lleno de casas de millonarios por ahí. Podríamos robar un coche y salir a buscar.

Coloqué la lata de guayabate en una bolsa de compras, junto con la munición. Di una Magnum al Pereba, otra al Zequiña. Enfundé el arma en el cinto, con el cañón hacia abajo y me puse una gabardina. Cogí tres medias de mujer y unas tijeras.

—Vamos, dije.

Robamos un Opala. Seguimos hacia San Conrado. Pasamos varias casas que no nos interesaron, o estaban muy cerca de la avenida o tenían demasiada gente, hasta que dimos con el lugar perfecto. A la entrada tenía un jardín grande, con la casa al fondo, aislada. Oíamos barullo de música de carnaval, pero pocas voces cantando. Nos ajustamos las medias en la cara. Con las tijeras corté los agujeros de los ojos.

Entramos por la puerta principal.

Estaban bebiendo y bailando en un salón cuando nos vieron.

“¡Es un asalto!”, grité muy fuerte para amortiguar el sonido del tocadiscos. Si se están quietos nadie saldrá lastimado. ¡Tú, apaga ese coñazo de tocadiscos!

Pereba y Zequiña fueron a buscar a los empleados y volvieron con tres camareros y dos cocineras. “Todo el mundo al piso”, ordené.

Conté. Eran 25 personas. Todos tumbados en silencio, quietos, como si no estuvieran siendo registrados ni viendo nada.

—¿Hay alguien más en casa? —pregunté.

—Mi madre, está arriba, en el cuarto. Es una señora enferma —dijo una mujer emperifollada, con un largo vestido rojo. Debía de ser la dueña de la casa.

—¿Niños?

—Están en Cabo Frío, con los tíos.

—Gonçalves, vete arriba con la gordita y trae a su madre.

—¿Gonçalves?

—Eres tú mismo. ¿No sabes ya tu nombre, bruto?

Pereba cogió a la mujer y subió por la escalera.

—Inocencio, amarra a los barbados.

Zequiña ató a los tipos con cordones

de cortinas, de teléfono; con todo lo que encontró.

Registramos a los sujetos. Muy poca lana. Estaban los cabrones llenos de tarjetas de crédito y talonarios de cheques. Los relojes eran buenos, de oro y platino. Arrancamos las joyas a las mujeres. Un pellizco en oro y brillantes. Metimos todo en la bolsa.

Pereba bajó solo por la escalera.

—¿Dónde están las mujeres?—dije.

—Se encabronaron y tuve que meter orden.

Subí. La gordita estaba en la cama, las ropas rasgadas, la lengua fuera. Muertecita. ¿Para qué se hizo la remolona y no dio gusto al momento? Pereba estaba necesitado. Además de jodida, mal agradecida. Limpié las joyas. La vieja estaba en el pasillo, caída en el suelo. También había estirado la pata. Toda peinada, con aquel pelazo teñido de rubio, ropa nueva, rostro arrugado, esperando el nuevo año, pero estaba ya más para allá que para acá. Creo que murió del susto. Arranqué los collares, broches y anillos. Tenía un anillo que no salía. Con asco, mojé con saliva el dedo de la vieja, pero incluso así no salía. Me encabroné y di una dentellada, arrancándole el dedo. Metí todo dentro de un almohadón. El cuarto de la gordita tenía las paredes ta-





pizadas de cuero. La bañera era un agujero cuadrado, grande, de mármol blanco, empotrado en el suelo. La pared era toda de espejos. Todo estaba perfumado. Volví al cuarto, empujé a la gordita hacia el suelo, coloqué la colcha de satín de la cama con cuidado; quedó lisa, brillando. Me bajé el pantalón y cagué sobre la colcha. Fue un alivio, magnífico. Después me limpié el culo con la colcha, me puse el pantalón y bajé.

—Vamos a comer —dije, poniendo el almohadón dentro de la bolsa. Los hombres y las mujeres en el suelo estaban todos quietos y muertos de miedo, como corderitos. Para asustarlos más, dije—: Al cabrón que se mueva, le reviento los sesos.

Entonces, de repente, uno de ellos con calma dijo: “No se irriten, llévense lo que quieran, no haremos nada”.

Me quedé mirándolo. Usaba un pañuelo de seda de colores alrededor del pescuezo.

—También pueden comer y beber a su gusto —dijo.

Hijo de puta. Las bebidas, las comidas, las joyas, el dinero, todo aquello eran migajas para ellos. Tenían mucho más en el banco. No pasábamos de ser tres moscas en el azucarero.

—¿Cuál es tu nombre?

—Mauricio —contestó.

—Señor Mauricio, ¿quiere levantarse, por favor?

Se levantó. Le desaté los brazos.

“Muchas gracias”, dijo. “Se nota que es usted un hombre educado, instruido.

Ustedes pueden marcharse; le prometo que no daremos parte a la policía”, dijo mirando a los otros, que estaban inmóviles, asustados, en el suelo, y haciendo un gesto con las manos abiertas, como quien dice calma, mi gente, que ya convencí a este mierda con mi charla.

—Inocencio, ¿ya acabaste de comer?; tráeme una pierna de pavo de ésas de ahí. Sobre una mesa había comida que daría para alimentar al presidio entero. Comí la pierna de pavo. Cogí la carabina del doce y cargué dos caños.

—Señor Mauricio, ¿quiere hacer el favor de ponerse cerca de la pared?

Se recostó en la pared.

—Recostado no, no, a unos dos metros de distancia. Un poco más para acá. Allí. Muchas gracias.

Tiré justo en medio del pecho, vaciando los dos caños, con aquel trueno tremendo. El impacto azotó al tipo contra la pared. Resbaló lentamente y quedó sentado en el suelo. En el pecho tenía un orificio que daba para colocar un panetón.

—¿Viste?, el tipo no se pegó a la pared, qué caray.

—Tiene que ser en la madera, en una puerta. La pared no sirve —dijo Zequiña.

—Tú, levántate —dijo Zequiña. El canalla había elegido a un tipo flaco, de cabello largo.

—Por favor —el sujeto dijo muy bajito.

—Ponte de espaldas a la pared —dijo Zequiña.

Cargué los dos caños de la doce.

—Tira tú, la cox de ésta me lastimó el hombro. Apoya bien la culata, si no, te parte la clavícula.

—Verás cómo éste va a pegarse —Zequiña tiró. Voló el tipo, los pies salieron del suelo, fue bonito, como si estuviera dando un salto para atrás. Batió con estruendo en la puerta y ahí permaneció adherido. Fue poco tiempo, pero el cuerpo del tipo quedó aprisionado por el plomo grueso en la madera.

—¿No te lo dije? —Zequiña se frotó el hombro dolorido—. Ese cañón está jodido.

—¿No vas a tirarte a una tía buena, de éstas?—preguntó Pereba.

—No me atrae. Me dan asco estas mujeres. Me cago en ellas. Sólo jodo a las mujeres que me gustan.

—¿Y tú, Inocencio?

—Creo que voy a cogerte a aquella morenita.

La muchacha intentó impedirlo, pero Zequiña le dio unos sopapos en los cuernos, se tranquilizó y quedó quieta, los ojos abiertos, mirando para el techo, mientras era ejecutada en el sofá.

—Vámonos —ordené—. Llenamos toallas y almohadones con comida y objetos.

—Muchas gracias por la cooperación de todos —dije. Nadie respondió. Salimos. Entramos en el Opala y volvimos a casa.

Dije al Pereba: “Da vuelta en una calle desierta de Botafogo, coge un taxi y vuelve”. Zequiña y yo bajamos.

—Este edificio está realmente jodido —dijo Zequiña, mientras subíamos con el material, por la escalera inmundada y destrozada.

—Jodido pero es Zona Sul, cerca de la playa. ¿Quieres que vaya a vivir a Níópolis?

Llegamos arriba, cansados. Coloqué las herramientas en el paquete, las joyas y el dinero en la bolsa, y lo llevé todo al departamento de la vieja negra.

—Doña Candiña —dije, mostrando la bolsa—, esto quema.

—Ustedes pueden dejarlo, hijos míos. Los del orden no vienen aquí.

Subimos. Coloqué las botellas y la comida sobre una toalla en el suelo. Zequiña quiso beber, pero no lo dejé. Vamos a esperar al Pereba.

Cuando el Pereba llegó, llené los vasos y dije: “Que el próximo año sea mejor. Feliz Año Nuevo”.

La enfermedad según Rubem Fonseca

✎ Alberto Arriaga

El *enfermo Molière* (Norma, 2003) la más reciente novela de Rubem Fonseca (Minas Gerais, 1925), no es uno de los mejores momentos del autor, quien recientemente obtuvo el Premio de Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo. Es, sin embargo, una muestra más del gran arte que Fonseca ha construido a base de historias mínimas, como si poco a poco haya logrado prescindir de ciertos rudimentos narrativos característicos de otras de sus novelas. Tiene además un inconfundible sello: la literatura se integra a la vida de sus personajes natural e indivisiblemente.

El enfermo Molière se compone de algunos pasajes del diario de un marqués anónimo, único personaje ficticio de la novela, que se encarga de contar la historia de cómo indagó sin éxito lo que le pareció el asesinato de uno de sus mejores amigos, Jean-Baptiste Poquelin, llamado Molière. El Marqués confiesa en las páginas iniciales que alguna vez intentó escribir tragedias y que llevó a su amigo Racine algunas de sus piezas. Racine lo despachó explicando que se dedicara a escribir cartas o diarios por tratarse de un género menor. Al pedir la opinión de Molière, el autor de *Tartufo* no fue tan estricto en sus recomendaciones, pero le aconsejó cultivar alguna otra disciplina artística. De ese modo, Fonseca justifica el desorden aparente en los acontecimientos que narra su personaje.

El marqués anónimo de esta novela es una variación de Gustavo Flavio, protagonista de *Pasado negro* (1986). Hedonista y erudito, gusta de las veladas literarias de la época, que son organizadas por algunos de los miembros de la corte de Versalles. No sólo es amigo de Molière, también se codea con algunas de las celebridades del momento, como Jean de La Fontaine, Boileau, Madame de Scudéry, Madame de Sévigné, Gaston D'Orléans, Corneille, Madame de La Fayette, La Rochefoucauld y el mismo Rey Sol, Luis

XIV, entre otros. Sin embargo no posee la agudeza mental de Mandrake, el abogado justiciero de varios cuentos del autor que se dedica a defender a los pobres y hundir a los poderosos.

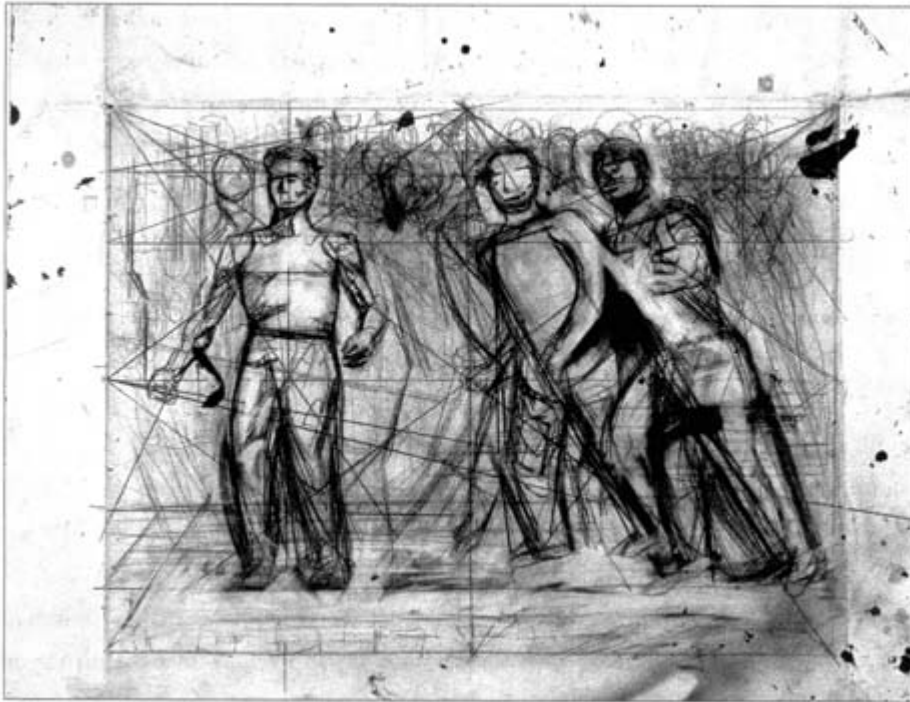
Uno de los mejores pasajes de *El enfermo Molière* sucede cuando el marqués anónimo seduce una vez más a Armande, actriz y esposa de Molière, con quien ha sostenido una relación amorosa de varios meses y por lo que se convierte en el principal sospechoso del supuesto asesinato del dramaturgo francés. Después de explicar detalladamente cada uno de los pasos que tuvo que seguir en el juego de la seducción (despojar a la mujer de sus innumerables sayas y corpiños, retardar el momento en que se quita la peluca para mostrar su cabeza rapada, el impudor al mostrar la dentadura podrida...), el marqués acepta que está enamorado de otra mujer, pretexto que le sirve también para comenzar a lucubrar sobre los sospechosos del asesinato. Cada capítulo va precedido del comentario de alguna de las piezas de Molière: *El enfermo imaginario*, *Las preciosas ridículas* y *El amor médico* son el eje de las pesquisas del marqués, ya que los principales enemigos de Molière eran los médicos, ciertas cortesanas de Versalles que se caracterizaban por su mal gusto y muchos burgueses poderosos de la época. El marqués aclara que los personajes surgidos de la imaginación de su amigo eran el reflejo del propio Molière: un hombre hipocondríaco, mentiroso, envidioso, melancólico y débil, que sufría de arrebatos de ira y, frecuentemente, ataques de tristeza que lo postraban en la cama durante días.

Las aventuras galantes que viven otros personajes de Rubem Fonseca en novelas como la ya mencionada *Pasado negro* suelen transcurrir entre citas literarias que siempre vienen al caso. La presente novela no es la excepción; aunque el anónimo marqués justifica su poco

talento para la escritura de piezas teatrales, confiesa que sus amigas Madame de La Fayette y Madame de Sévigné son de los mejores talentos de la época, principalmente la última por tratarse de una escritora de obra epistolar. Ello le sirve para intercalar reflexiones breves sobre literatura francesa.

El género predilecto de Fonseca ha sido el cuento. Como todos los grandes narradores, el autor de Minas Gerais teje tramas cuyas historias son más importantes por lo que deja de mencionar que por lo que menciona. "El cobrador", "Feliz año nuevo", "El juego del muerto" y "Paseo nocturno" (1 y 2), algunos de sus mejores cuentos, son de narración directa. La violencia va aumentando poco a poco pero el asunto que muestran, de pronto, es muy distinto al que se planteaba en las primeras líneas. En "El ángel de las marquesinas" o "Libre albedrío", pertenecientes a *La cofradía de los espadas* (2000), un volumen escrito muchos años después que los cuentos mencionados, la intriga que forma Fonseca en torno a hechos sencillos, como la soledad de un viudo o un aparente asesino en serie cuyo motivo es poco claro al principio, muestra además una vocación por trastocar valores. El asesino en serie se convierte en un hombre que presta el servicio del suicidio a quienes se lo soliciten, con la única condición de que los clientes hayan disfrutado de la vida y recurran a la muerte voluntaria porque no tienen otra alternativa, y las buenas intenciones de unos filántropos que ayudan a los indigentes son sólo aparentes, pues en realidad se trata de traficantes de órganos. O aquél que titula este magnífico libro, en donde el ideal acariciado por todo macho cabrío de tener todos los orgasmos del mundo sin eyacular, es visto por sus mujeres como una ofensa, una insensibilidad, una falta de amor.

Verdades a medias y la ética que parece lo contrario: los cuentos de



Secreciones, excreciones y desatinos (2003) repiten dicha vocación y poseen además el hilo conductor de la escatología. “El jorobado y la Venus de Boticelli” es un manual de seducción en la voz de un contrahecho. Hay un rasgo sutil: la saliva. Además del hechizo de su plática y el buen gusto de su cocinera, el arma de este jorobado para que las mujeres le hagan caso y queden enamoradas, son sus besos. Pero también la astucia que emplea aquí el seductor es la misma que practica un buen escritor: crear alternativas y saber escoger. Dice en un momento en que la fiebre del deseo es incontrolable: “Tengo el miembro rígido. La dureza y el tamaño de mi pene me da confianza, un valor muy grande, mayor incluso que mi astucia cerebral. Tengo ganas de poner su mano en mi verga, pero todavía no ha llegado el momento para eso. La alternativa todavía no ha sido creada”. El segundo cuento de este volumen, “Coincidencias”, rompe un poco con el clima sutilmente nauseabundo del que lo precede, “Copromancia” (el cual, como su título lo indica, trata de la forma en que su personaje lee el futuro en sus excrementos), una muestra perfecta del arte del suspenso que ha cultivado Fonseca. Lo que parece la confesión de un seductor en tiempos de guerra, va descubriéndose como la historia de lo que será un asesinato; el narrador trastoca los planes de la supuesta victimaria y se le adelanta.

Existe una faceta novelística menor, muy atractiva, a la que pertenecen *Pasado negro*, *Del mundo prostituto sólo amores guardé para mi puro* y *El salvaje de la ópera* (*El enfermo Molière* pertenece a ella). Son novelas breves, sin la bifurcación de varias historias, con tramas que suelen resultar emocionantes. La más reciente novela de Fonseca, aunque anunciada como novela negra, no posee la estructura policial de *Pasado negro* ni la agilidad de *Del mundo prostituto...*, pero se emparenta con *El salvaje de la ópera* debido a los cuadros casi costumbristas que ofrece.

El “yo” de Fonseca, una voz similar al “yo” de Jorge Ibarguengoita o al “yo” de Borges —por mencionar sólo un par de maestros en la narrativa de primera persona—, encuentra su mejor ejecución en las colecciones de cuentos. De *Los prisioneros* (1963) a *La cofradía de los espadas* y *Secreciones, excreciones y desatinos*, el imaginario de Fonseca se separa de los complejos universos mostrados en *El gran arte* (1985), *El caso Morel* (1973), *Grandes emociones y pensamientos imperfectos* (1988) y *Agosto* (1990), sus mejores novelas, también en primera persona pero con otros personajes que llevan los hilos de la trama por caminos inesperados. Los cuentos tratan sobre todo de la violencia de las calles y de la violencia del cuerpo, así como de los inconvenientes que surgen de éste. Las novelas plantean problemas de otro orden, quizá más profundo,

como la corrupción moral de las grandes ciudades o el pequeño crimen que esconde un delito mayor.

Toda la obra de Rubem Fonseca es una indagación de los inconvenientes del cuerpo. Ya sea el joven resentido y marginado de “El cobrador”, la pandilla de “Feliz año nuevo” o el director de cine de *Grandes emociones y pensamientos imperfectos*, los personajes del universo de Fonseca acuden puntualmente a una cita amorosa como quien acude a una fiesta. No se trata aquí de la sexualidad según Philip Roth o Coetzee, quienes la utilizan para ejemplificar una sociedad con serios problemas morales, sino de la sexualidad como condimento de la vida (la comida es otra de las obsesiones de Fonseca) que puede causar indigestión, que sirve para evadirse de la sucia realidad y que altera cualquier plan a futuro. El reto radica en no escuchar las quejas del corazón. El gusto de Fonseca por retratar seres enfermos es una advertencia sobre los peligros del dolor emocional, que distrae y debilita, a diferencia del dolor físico, que ayuda a pensar mejor.

Así como Molière fue cada uno de sus personajes, Rubem Fonseca es Gustavo Flavio, el marqués, Alberto Mattos, el abogado Mandrake, un jorobado seductor, un bígamo incontinente, un viudo que ayuda a los mendigos. Sólo la literatura sirve para construir universos perfectos, lo demás es emoción y desatino: así parece resumir su arte el escritor brasileño. Una novela, un ensayo de Montaigne o un poema, para muchos de sus personajes, resulta más útil que una cuenta bancaria en Suiza o un revólver.



Otras mutaciones del I Ching

☯️ **Arturo González Cosío**

乾

1. CH' IEN / LO CREATIVO

El cielo refleja,
entre lotos, las
alas de la garza.



坤

2. K' UN / LO RECEPTIVO

Escarcha en primavera,
trinos de alondras
en el oeste.



屯

3. CHUN / LA DIFICULTAD INICIAL

El cazador se pierde
en la espesura,
huyen los ciervos.



蒙

4. MENG / LA NECEDAD JUVENIL

Cerca del manantial
soportan el calor
pendencieros insectos.



• Tomados de *Otras mutaciones del I Ching*, FCE, 2000 (colección Tezontle).

Mutación del libro de las mutaciones

✎ Verónica Volkow

Hacer del azar una escritura fue la empresa que apasionó a los surrealistas. Intentaron encontrar, a partir del azar, la sintaxis con la que pudieran descifrar lo que llamaron “la realidad absoluta”. El azar sería, según su hipótesis, la escritura para acceder al conocimiento de esta realidad absoluta.

Inventar un libro inagotable que encerrara al azar y sus infinitas combinaciones fue el sueño de Mallarmé. Fantasó un libro equiparable al lenguaje mismo con todas sus posibilidades en abstracto. Esta infinita combinatoria de caminos y sugerencias obsesionó a Mallarmé. El libro era Dios mismo encerrado en toda su infinitud, atrapado en su inconcebible. No, no era el Dios de la Biblia o el Corán hablando a través de un emisario en un libro. No era el legado de una escritura

sagrada. Dios no habla en ese gran libro de Mallarmé, Dios es.

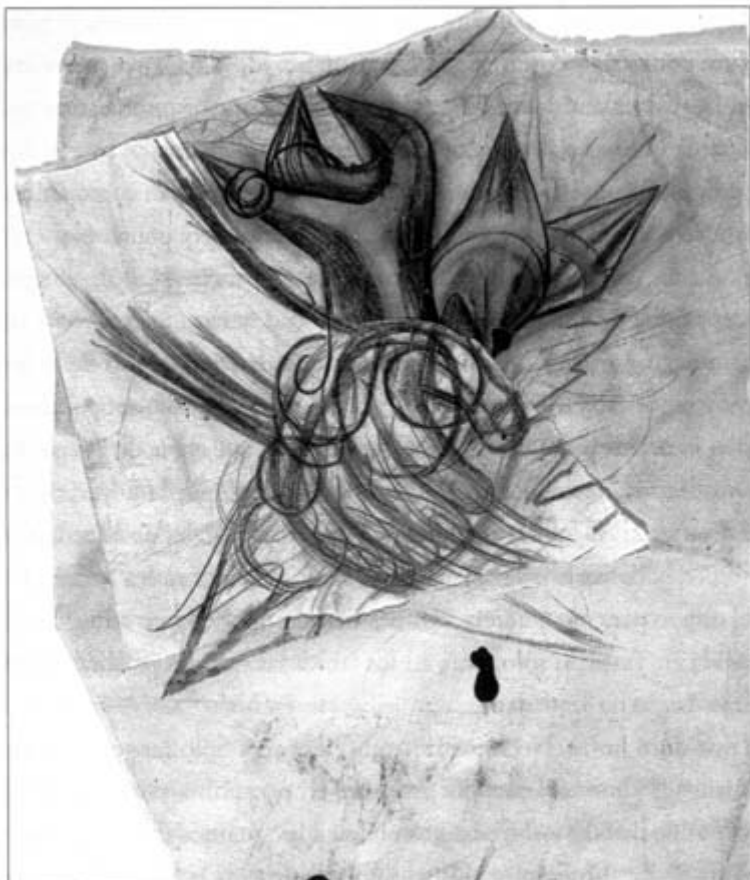
Los antiguos chinos no intentaron hacer con la casualidad una escritura, ni atrapar toda la pujanza del azar entre pergaminos, sino encontrar la escritura que fuera como una llave para incidir en cualquier momento de éste y habitarlo, autopreservándose. Buscaban idear el signo lo suficientemente preciso para orientarse en medio de las mutaciones, el ideograma que pudiera desplegar, como un origami la hoja de papel que lo dobla, las montañas, el cielo, la fuerza del viento, el tamaño de la luna, en fin, las constelaciones circunstanciales que concurren en cada posible instante.

Los chinos usaron el azar como una fuerza... Pienso en el azar de los surrealistas como en algo afín al vapor que mueve las locomotoras, en una potencia

desatada dentro de la escritura automática que lanza al poeta a inauditos vuelos. Los surrealistas usaron el azar para su aventura centrífuga, conquistar nuevos planetas poéticos, a la manera si, de un cohete espacial.

No es la máquina para industrializar el azar lo que buscaron los sabios chinos. Los sabios chinos querían sólo aprender a estar en diversos lugares del camino sin destruir su ser interno, proteger la espiritualidad de sus valores en contra de lo adverso. Pensaron para ello en un mapa del tiempo con instrucciones precisas. Había que entrar en el azar y descifrarlo, orientarse en éste. Cada signo debía ser como la llave de una puerta, una horquilla de dentadura precisa, para entrar en el momento sin desgarrarse. Cada signo era una articulación del cosmos y su espejo inferior, una hendidura para deslizarse entero en el momento, poder descifrarlo. El I Ching es un inventario de claves, una notación musical para el azar y su música, el azar y su danza. Hay un adagio para el tiempo del impedimento, un presto para la posesión de lo grande, el largo en donde avanzar el dedo del pie trae desgracia, un andantino en que hay que ver al gran hombre o reunir al ejército. Hay para toda forma de tiempo un marcha o una parálisis, un movimiento preciso, un ritmo presto o cauteloso. Toda forma de tiempo implica también un cuerpo con que habitarlo y andarlo. Hay en el I Ching labios con las comisuras caídas, troncos atados por lianas, sangre que se disuelve, la fuerza de un caballo, un corazón que se sofoca, espaldas cargadas, detenidos dedos de los pies.

El propio lector es el gran actor, el personaje principal de este gran libro. La vida de cada quien es el múltiple argumento, rico en hipertextos. En la versión occidental amplios párrafos desarrollan para nosotros, herederos del *nous* racionalista, lo que tendría para los chinos la contundente brevedad de un ideo-





Hay un pájaro que oculta la inminente catástrofe con su canto, un pájaro que es también el símbolo de los poetas a los que la angustia y el desasosiego obligan a cantar.

Esta versión en haikús del libro de las mutaciones es el producto literario de una excepcional combinación: un hombre muy sabio y un poeta muy diestro. Arturo González Cosío es ambas cosas, además de un gran conocedor mexicano de la poesía china y japonesa. Hay también en este libro un reencuentro con el haikú en su esencia: instrumento poético que selecciona un fragmento para representar la tónica general de un tiempo. Creación de un idioma a la vez matemático y pictórico para manifestar la sincronicidad que regula el universo. Los haikús que son sombras de letras sobre el papel que captan en su coordinada espacio temporal el ave de un instante.

Este libro de González Cosío que hoy presentamos es una relectura del I Ching original pero a su vez relectura de la tradición del haikú. Hay a su vez un replanteamiento de la tradición poética moderna en donde, como propone Octavio Paz, cada nuevo texto vendría a ser metáfora de otro texto. La poesía mexicana sería en su conjunto como un enorme poema construido con base en todos los grandes poemas mexicanos escritos. Éste de González Cosío es un libro que deliberadamente se propone ser metáfora, mutación de otro libro. Es un libro que es una traducción, una acrobática traducción poética donde el hexagrama chino pasa al haikú de herencia japonesa escrito en castellano. Pero el resultado, a pesar de la enorme distancia del original, es extraordinariamente preciso. Reencontramos el viejo I Ching en medio de estos filosos poemas del autor mexicano.

grama. Delgados ideogramas con el intenso sabor de las sugerencias, que es la lectura no explícita, sino la lectura inventada o implícita, la interpretación que desarrolla solitaria y libre el alma adentro de sí misma. Toda lectura prosigue en el silencio sin palabras.

Eran ideogramas que nacieron como el dibujo de un registro, a partir de un lanzamiento de varas o monedas azarosas: líneas continuas o cortadas que en su secuencia arman dos trigramas. Los trigramas codifican su dibujo: el aquietamiento de la montaña, lo suscitativo

del rayo, lo adherente del fuego, lo receptivo de la tierra, lo creativo del cielo, etc. Los dos trigramas unidos dan origen al dibujo ideográfico de cada uno de los 64 hexagramas que conocemos.

Arturo González Cosío propone este libro, de 64 haikús como una mutación al viejo libro de las mutaciones, una variante poética de éste. Y siendo en sí mismo una asombroso poemario, es también un libro que nos recupera la esencia sutil del I Ching original, al reconstruir mediante breves pero poderosas imágenes poéticas la sintética presencia de los originales hexagramas-ideogramas. González Cosío traduce el viejo impacto visual de los viejos hexagramas chinos mediante los taquigráficos haikús paisajísticos heredados de la tradición japonesa. El I Ching queda para nosotros renovado mediante estos 64 haikús del autor poeticista ya tan definitivos por su precisión tajante, su irrevocable síntesis, sus pictóricas sentencias. "Cardumen luminoso / Mota en círculos, / ¿luna de otoño?" hace referencia a la desintegración. Para el estancamiento el poeta propone: "Acoso del sol, / se escabullen los peces / entre líquenes." La necesidad juvenil: "Cerca del manantial / soportan el calor / pendencieros insectos". El hexagrama que corresponde a la adversidad de los tiempos presentes, la desazón, el agotamiento: "En rama quebradiza, / nervioso el mirlo / se mece y canta".



La Cátedra Extraordinaria Octavio Paz: trazos para una historia

► En noviembre pasado se realizaron las actividades de la Cátedra Extraordinaria Octavio Paz, patrocinada por el FCE, la UNAM y la Fundación Cervantina de México, A. C. En esta ocasión el invitado fue el filósofo español Fernando Savater, ensayista de reconocido prestigio en el ámbito del pensamiento contemporáneo. A continuación ofrecemos una breve semblanza de dicha Cátedra.

Como parte de una tradición que se remonta al surgimiento de las universidades hispanoamericanas, formadoras de un espacio privilegiado para el encuentro, la vinculación y la colaboración cultural propia de la tradición humanística, la Cátedra Extraordinaria Octavio Paz surgió de un acuerdo formal

para crear un evento académico de excelencia que tiene su origen en la contribución que Octavio Paz realizó, a través de su obra, a las letras y a la cultura universales. De esta certeza se derivó la necesidad de incorporar el análisis y la reflexión de los temas centrales del pensamiento del poeta al quehacer universitario, al tiempo que estimular el análisis y la apreciación de su obra en el curso de la sociedad contemporánea.

Previo aceptación de Octavio Paz, el acuerdo inicial para la instauración de la Cátedra Extraordinaria Octavio Paz se suscribió por la Universidad Nacional Autónoma de México y el Fondo de Cultura Económica; iniciativa a la que se sumó como un apoyo de gran valía la Fundación Cervantina de México A. C. Luego del deceso de Octavio Paz, en 1998, la realización de la Cátedra ha contado con la presencia y el apoyo de la señora Marie-José Paz, hoy presidenta de la Asociación Amigos de Octavio Paz, A. C. Su capacidad de trabajo y su participación han contribuido al fortalecimiento del proyecto.

CURSOS Y DISCURSOS

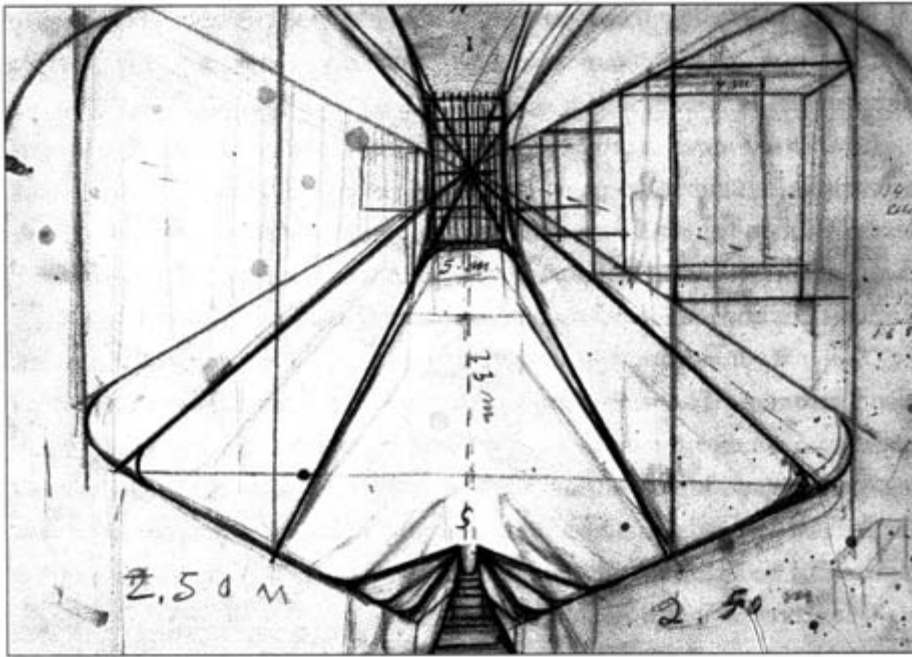
El 10 de diciembre de 1997 se instaló la Cátedra en el Aula Magna de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM con el beneplácito y la participación del propio poeta, quien saludó la inauguración de los trabajos. En ese acto se contó con los comentarios de la filósofa y entonces directora de la Facultad, Juliana González, y de José Emilio Pacheco. En esa primera ocasión, Fabienne Bradu, Adolfo Castañón, Juliana González y Ramón Xirau, integraron el Comité Académico que condujo la organización de las actividades.

Dos jornadas precedieron a la instalación de la Cátedra. En "Opiniones", la primera de éstas, participaron Fabienne Bradu, Christopher Domínguez, Juan García Ponce, Enrique Krauze, Carlos Monsiváis, Carlos Pereda, Elena Poniatowska, Alejandro Rossi, Alberto Ruy Sánchez, Adolfo Sánchez Vázquez, Anthony Stanton y Adolfo Castañón como moderador. En "Impresiones", la segunda jornada, intervinieron los poetas Homero Aridjis, Aurelio Asiain, Alberto Blanco, Francisco Cervantes, Elsa Cross, David Huerta, Eduardo Lizalde, Víctor Manuel Mendiola, Marco Antonio Montes de Oca, José Luis Rivas, Tomás Segovia, Francisco Serrano, Gabriel Zaid y Ramón Xirau, moderados todos por Guillermo Sheridan.

En el programa del curso correspondiente a 1998, se presentó Saúl Yurkievich con el ciclo de conferencias *Octavio Paz: revelación y reflexión*: "Ecos llamadas señas laberintos" y "La iluminación del sentido". Un mes más tarde, en el Teatro de la Ciudad, participó el crítico inglés George Steiner. Y, hacia finales de ese año, en el mes de noviembre, Jacques Lafaye dictó las conferencias: "Sor Juana en la historia" y "Paz: el visionario: historia y cultura, entre Tocqueville y Ortega".

En 1999 las actividades de la Cátedra se efectuaron durante el mes de noviem-





el recurso idóneo para sanar buena parte de los males de nuestra sociedad.

Relaciones de la una batalla escrita que Savater libra contra la violencia en todas sus formas, al tiempo que una denuncia contra la pasividad de la sociedad civil frente a ésta y un llamado a la ciudadanía para movilizarse contra la ETA, es el libro *Perdonen las molestias* (2001), reunión de artículos contra el nacionalismo radical aparecidos originalmente los diarios *El País* y *El Correo* de Bilbao.

Además del Premio Sajarov de Derechos Humanos, que recibió en diciembre de 2000 en nombre de la plataforma cívica Basta ya, de la que es portavoz, Fernando Savater ha recibido, entre otras distinciones, el premio Nacional de Ensayo (1982), el premio Anagrama, el premio Ortega y Gasset de periodismo (2000), y el Premio Fernando Abril Martorell.

Recientemente, el Fondo de Cultura Económica puso en circulación *Los caminos para la libertad. Ética y educación*, volumen de la colección Cuadernos de la Cátedra Alfonso Reyes que nuestra casa publica con la colaboración del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey.

Una temprana autobiografía, *Mira por dónde*, apareció este 2003. En dicho volumen consigna el origen de su obra, pero también la dimensión humana del autor que, amenazado de muerte por la ETA desde hace varios años, hace su vida entre San Sebastián y Madrid, asiste a conferencias y presentaciones acompañado por escoltas de cuya cordial tutela le encantaría librarse muy pronto. Que así sea.

bre y estuvieron a cargo del escritor y crítico español Julián Ríos, con las conferencias "La novela pintada. Las relaciones entre la pintura y la narrativa" y "Pintar con palabras. Experiencias de la pintura novelada".

ÚLTIMA ENTREGA

Las cátedras extraordinarias, tradición universitaria de muchas centurias, persisten exitosamente al cabo de los años gracias a la flexibilidad de su formato: pensadores y autores de intereses heterogéneos se reúnen en un diálogo creativo y abierto entre sus diversas tradiciones; varios son también los escenarios que han servido de sede para esta Cátedra; en abril de 2002 se contó con el maestro Miguel León-Portilla y el numeroso público que concurrió a la Librería Octavio Paz para escuchar su conferencia: "Rostros de la poesía náhuatl".

En el caso de la Cátedra Extraordinaria Octavio Paz, los maestros invitados acuden en un espíritu de pluralidad y afinidad con la obra del poeta; a veces también fueron personajes cercanos a la vida de Octavio Paz, como Fernando Savater, quien suma a la relevancia de su pensamiento la indiscutible amistad y afinidad intelectual que lo unió al poeta mexicano.

Apenas en noviembre de 2003, Fernando Savater dictó en el teatro principal del Palacio de Bellas Artes la conferencia "Antropología de la libertad",

como único evento de la Cátedra Extraordinaria Octavio Paz en este año. En el mismo acto, se presentó *El valor de elegir*, el título más reciente del filósofo español.

Considerado uno de los pensadores más significativos dentro y fuera de la lengua castellana, Fernando Savater se ha distinguido por su pasión ética, su lucha contra la violencia y su contribución a la defensa y difusión de la libertad, la tolerancia y los derechos humanos.

RECIENTE ENTREGA

Profesor de filosofía, periodista, apasionado de la hípica y de la vida, desde 1995 enseña Filosofía en la Universidad Complutense de Madrid. Es autor de casi medio centenar de libros de ensayo, novela y literatura infantil. Sus ideas filosóficas se distinguen por ser de una consistencia reflexiva que cuestiona lo comúnmente aceptado y establecido, no exenta de humor e ironía. Especialista en ética, disciplina que define como "la convicción de que no todo vale por igual, de que hay razones para preferir un tipo de actuación a otro", ha dedicado a ella buena parte de su obra, entre cuyos títulos destacan: *La tarea del héroe*, *Invitación a la ética*, *Ética como amor propio* y *Ética para Amador*, traducido éste último a 18 idiomas. En 1997 publicó *El valor de educar*, libro que dedicó a su madre, primera e incontrovertible maestra. Esta obra es especialmente entrañable por cuanto habla de la educación como





FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

• DIRECTORIO DE FILIALES •

mmichaus@fce.com.mx - ventasinternacionales@fce.com.mx
 Carretera Picacho-Ajusco, 227, Col. Bosques del Pedregal, Tlalpan, C. P. 14200, México, D. F.
 Tels.: 5227-4626, 5227-4628, 5227-4672. Fax: 5227-4698 • Página en internet: <http://www.fondodeculturaeconomica.com>
 Almacén: José Ma. Joaristi, 205, Col. Paraje San Juan, México, D. F.
 Tels.: 5612-1915, 5612-1975. Fax: 5612-0710

ARGENTINA	BRASIL	COLOMBIA	CHILE
Fondo de Cultura Económica de Argentina, S. A. Alejandro Katz	Fondo de Cultura Económica Brasil, Ltda. Isaac Vinic	Fondo de Cultura Económica Ltda. (Colombia) Juan Camilo Sierra	Fondo de Cultura Económica Chile, S. A. Julio Sau Aguayo
Sede y almacén: El Salvador 5665 1414 Capital Federal, Buenos Aires Tel.: (5411) 47771547 Fax: (5411) 47718977 ext. 19 fceak@attglobal.net info@fce.com.ar www.fce.com.ar	Sede, almacén y Librería Azteca: Rua Bartira, 351, Perdizes, São Paulo CEP 05009-000 Brasil Tels.: (5511) 36723397 y 38641496 Fax: (5511) 38621803 aztecafondo@uol.com.br	Sede, almacén y librería: Carrera 16, 80-18 Barrio El Lago, Bogotá, Colombia Tel.: (571) 5312288 Fax: (571) 5311322 fondoc@cable.net.co www.fce.com.co	Sede, distribuidora y librería: Paseo Bulnes 152, Santiago de Chile Tels.: (562) 6972644 6954843 • 6990189 y 6881630 Fax: (562) 6962329 jsau@fce.tie.cl fchile@ctcinternet.cl distribucion@fce.tie.cl libreria@fce.tie.cl

ESPAÑA	ESTADOS UNIDOS	GUATEMALA	PERÚ	VENEZUELA
Fondo de Cultura Económica de España, S. L. Juan Guillermo López	Fondo de Cultura Económica USA, Inc.	Fondo de Cultura Económica de Guatemala, S. A. Sagrario Castellanos	Fondo de Cultura Económica del Perú, S. A. Carlos Maza	Fondo de Cultura Económica de Venezuela, S. A. Pedro Juan Tucatz Zunino
Librería México: C/Fernando El Católico, 86 Conjunto Residencial Galaxia Madrid, 28015, España Tels.: (3491) 5432904 y 5432960 Fax: (3491) 5498652 www.fcde.es jglopezfce@terra.es	Sede, almacén y librería: 2293 Verus St. San Diego, CA. 92154, Estados Unidos Tel.: (619) 4290455 Fax: (619) 4290827 bmireles@fceusa.com www.fceusa.com	Sede, almacén y librería: 6ª Avenida, 8-65, Zona 9 Guatemala, C. A. Tels.: (502) 3343351 3343354 • 3626563 3626539 y 3626562 Fax: (502) 3324213 scastellanos@fceguatemala.com vgil@ceguatemala.com hzavala@ceguatemala.com	Jirón Berlín 238, Miraflores, Lima, 18, Perú Tels.: (511) 2429448 4472848 y 2420559 Fax: (511) 4470760 carlosmazap@yahoo.com fce-peru@terra.com.pe Librerías del FCE en Perú: * Berlín 238, Miraflores * Comandante Espinal 840, Miraflores * Jirón Julín 387, Trujillo	Sede y Librería Solano: Av. Francisco Solano entre la 2ª Av. de las Delicias y Calle Santos Ermini, Sabana Grande, Caracas, Venezuela Tel.: (58212) 7632710 Fax: (58212) 7632483 solanofc@cantv.net Librería Fondo de Cultura Económica: Edif. Torre Polar, P. B., local "E" Plaza Venezuela, Caracas, Venezuela Tel.: (58212) 5744753 Fax: (58212) 5747442
Almacén: Vía de los Poblados, 17, Edificio Indubuilding-Goico 4-15, 28033, Madrid Tel.: 91 7632800/5044 Fax: 91 7635133 fcespvent@interbook.net				

• NUESTRAS LIBRERÍAS •

ALFONSO REYES

Carretera Picacho-Ajusco 227, Col. Bosques del Pedregal, México, D. F.,
Tels.: 5227 4681 y 82

OCTAVIO PAZ

Miguel Ángel de Quevedo 115, Col. Chimalistac, México, D. F.,
Tels.: 5480 1801 al 04

EN EL IPN

Av. Politécnico esq. Wilfrido Massieu. Col. Zacatenco, México, D. F.,
Tels.: 5119 1192 y 2829

FRAY SERVANDO TERESA DE MIER

Av. San Pedro 222, Col. Miravalle, Monterrey, N. L.,
Tels.: 8335 0319 y 71

DANIEL COSÍO VILLEGAS

Avenida Universidad 985, Col. Del Valle, México, D. F.,
Tel.: 5524 8933

JUAN JOSÉ ARREOLA

Eje Central Lázaro Cárdenas 24, esq. Venustiano Carranza, Centro Histórico, México, D. F.,
Tel.: 5518 3231

UN PASEO POR LOS LIBROS

Pasaje Zócalo-Pino Suárez del Metro, Centro Histórico, México, D. F.,
Tels.: 5522 3016 y 78

JOSÉ LUIS MARTÍNEZ

Av. Chapultepec Sur 198, Col. Americana, C. P. 44140, Guadalajara, Jalisco,
Tels.: 3615 1214
con 10 líneas

NOVEDADES Y SUGERENCIAS DE NUESTRO CATÁLOGO

• **MANUEL GONZÁLEZ CASANOVA**
El cine que vio Fósforo
—Alfonso Reyes y Martín Luis Guzmán—
Vida y pensamiento de México

Este libro recoge las colaboraciones que bajo el seudónimo Fósforo y alrededor del cine, publicaron Alfonso Reyes y Martín Luis Guzmán en España. Esta columna apareció en la revista semanal *España*, dirigida por José Ortega y Gasset, hasta enero de 1916. Alfonso Reyes continuó luego de manera individual esas entregas con el mismo sobrenombre en el periódico *El Imparcial* a partir de junio de 1916 y, tras largo receso, reapareció en septiembre de 1918 en la *Revista General* de la Casa Calleja.



• **FINA GARCÍA MARRUZ**
Quevedo
Tierra Firme

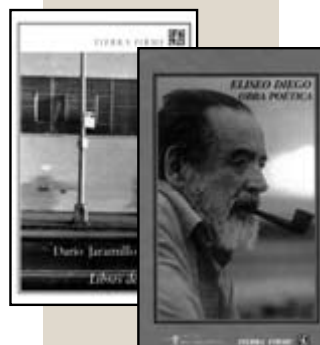
La vida de Francisco de Quevedo y su obra son, para Fina García Marruz, un todo indivisible. Y lo aborda desde la perspectiva del siglo que le tocó vivir: un siglo lleno de contradicciones donde la opulencia y la miseria se dan la mano.

Quevedo es, para muchos, el autor español más destacado del siglo XVII. Encerrada en sí misma, España se encuentra en un periodo de decadencia. El idioma ha llegado a su madurez y se empieza a descomponer. Sólo Quevedo, con su característica sobriedad, dice cuanto quiere de la manera más concisa. Le imprime un sentido a la palabra, la transforma de raíz y con ello dota al idioma de una fuerza nueva.



• **DARÍO JARAMILLO AGUDELO**
Libros de poemas
Tierra Firme

Todo poema es un intento de dialogar con la piedra. Para Darío Jaramillo Agudelo la piedra representa lo ajeno, lo impenetrable, lo indecible. Es decir, la materia misma de la poesía, ya que todo poema convierte en lenguaje una parte indómita de la realidad, un sector del mundo que es todo menos poético.



JOSÉ EMILIO PACHECHO

• **PURA LÓPEZ COLOMÉ**
Tragaluz de noche
Letras Mexicanas

Tragaluz de noche propone un viaje de ida y vuelta, un viaje circular de la connotación y la denotación al significado, y viceversa. Viaje que, por subjetivo y abstracto que parezca, resulta, en verdad, objetivo y concreto: la lengua vivísima dentro del lenguaje, y éste vivísimo dentro de la poesía, donde cualquier tema (llámese sueño, recuerdo, visión de infancia, remordimiento, evocación por vía musical, etc.) adquirirá la forma que naturalmente le es propia y que mostrará el mismo sentido que su fondo.



• **DANIEL GONZÁLEZ DUEÑAS**
Libro de Nadie
Fondo 20+1 / Casa de América / FCE

La figura de Nadie se ha vuelto aterradora en el mundo neoliberal en que vivimos. Todos luchamos por ser Alguien. Pero los medios masivos y la ideología imperante nos venden la identidad como un juego sucio en que sólo puedo ganarla si la pierden quienes me rodean, o mejor dicho, si se las hago perder. Nadie es el nombre esencial de la máscara de la tragedia. El Hombre Invisible y Nadie escriben este libro, y lo hacen siempre en la dicotomía, en la bipolaridad; es decir, con la mayor humildad franciscana y a la vez con la más indomable soberbia luciferina.

• **ALEJANDRO MEDINA MORA**
El canto de la naturaleza. A manera de haikús
Tezontle

En *El canto de la naturaleza*, Alejandro Medina Mora hace suyo el arte del haikú, conservando la estructura primitiva y clásica de esta forma poética japonesa de tres versos, donde el primero y el tercero son pentasílabos, el segundo heptasílabo (17 sílabas: 5/7/5). Inicialmente concebido como un pasatiempo ingenioso, el haikú es con frecuencia un poema refinado, el trazo de una intuición, de una iluminación fugaz, de algo repentino que atraviesa las apariencias. Las palabras del poema deben provocar el suspenso del espíritu, la salida del tiempo.

• **ELISEO DIEGO**
Obra poética
Tierra Firme

Adentrándose en las cosas más humildes, en el polvo, en la pobreza misma, la poesía de Eliseo Diego llega a erigirlas. Mas el alma no erige, sino que recoge; no construye, sino que abraza; no fabrica, sino que sueña. Poesía de Diego que resulta tan sólo de una simple acción: prestar el alma, la propia y única alma a las cosas.



MARÍA ZAMBRANO

• **ARTURO GONZÁLEZ COSÍO**
Otras mutaciones del I Ching
Tezontle

La compleja sencillez de los versos que encierran estas páginas es el resultado de un conocimiento íntimo del pensamiento oriental, que Arturo González Cosío ha asimilado en la teoría y en la práctica. Con la ambigua sonrisa de los budas, González Cosío contempla las mutaciones del tiempo y el espacio y desgrana sin prisa los poemas que llegan hasta nosotros como testimonio de su experiencia. *Otras mutaciones del I Ching* constituye un ofrecimiento lírico, armado con mesura y delicadeza, en el que la transparencia formal y la contundencia de las imágenes se unen para enaltecer la poesía.

Siqueiros. La piel y la entraña

• COLECCIÓN TEZONTLE •

JULIO SCHERER GARCÍA

En *Siqueiros. La piel y la entraña* convergen el relato y el ensayo con la entrevista y la semblanza. La prosa del periodista mexicano Julio Scherer García es tan sutil y sugerente, que las preguntas se diluyen en la trama: se trata de fragmentos dispersos, en ocasiones “insignificantes”, que van formando una impresión perdurable, cargada de emociones, ideas, convicciones y panorámicas, acompañados de una veintena de reproducciones inéditas del muralista que hacen de esta una visión particular. El lector tendrá la sensación de estar penetrando en lo más hondo de una sensibilidad, de un alma.

La obra está basada en una serie de conversaciones que pintor y periodista sostuvieron mientras Siqueiros estuvo recluido en la penitenciaría de Lecumberri (1960-1964). En el discurrir de un capítulo a otro, se reconstruyen las imágenes y los sentimientos del pintor chihuahuense: su personalidad precipitada, más cercana a la de su abuelo *Siete Filos*, que a la de su padre; su gusto por los grandes espacios; su concepto de arte, en donde el hombre se exhibe y se desnuda, se muestra tal cual es; su ideología y su estética estrechamente fusionadas en su manera de vivir: “Para mí no hay belleza que pueda compararse a la acción. Ni la del arte, por el



que he dado mi vida”; las conversaciones sostenidas y escuchadas durante su encierro, frases que atraparon su interés mientras se encontraba recluido: “¿De qué color es el alma?”; su visión que transformaba cualquier acontecimiento, por cotidiano que fuera, en verdadera poesía.

JULIO SCHERER GARCÍA nació en la ciudad de México en 1926. Fue redactor y director de *Excelsior* y fundador y director de la revista *Proceso*, cuyo Consejo de Administración preside actualmente. Es autor de los libros *Los presidentes* (1986), *El poder. Historia de familias* (1990), *Estos años*

(1995), *Salinas y su imperio* (1997), *Cárceles* (1998), *Parte de guerra*, en coautoría con Carlos Monsiváis (1999), *Pinochet. Vivir matando* (2000), *Máxima seguridad* (2001).



JULIO SCHERER GARCÍA, *Siqueiros. La piel y la entraña*, FCE, 2003. Colección Tezontle.

• **NUESTRA DELEGACIÓN EN GUADALAJARA:** Librería **José Luis Martínez**, Avenida Chapultepec Sur 198, Colonia Americana, Guadalajara, Jalisco, Tels.: (013) 3615 1214, con 10 líneas •

• **NUESTRA DELEGACIÓN EN MONTERREY:** Librería **Fray Servando Teresa de Mier**, Avenida San Pedro 222, Colonia Miravalle, Monterrey, Nuevo León, Tels.: (018) 8335 0371 y 8335 0319 •



ORDEN DE SUSCRIPCIÓN

Señores: sírvanse registrarme como suscriptor de *La Gaceta* por un año, a partir del mes de: _____

Nombre: _____
Domicilio: _____
Colonia: _____
Ciudad: _____ C. P.: _____
Estado: _____ País: _____
E-mail: _____

• **SUSCRIPCIONES NACIONALES:** Remitir cheque a favor del Fondo de Cultura Económica por costos de envío por la cantidad de \$150.00. O, en su caso, ficha de depósito al fax (55) 5449-1827. Este depósito deberá hacerse a la cuenta No. 51908074799 del Banco Santander Mexicano, sucursal 07, plaza 001.

• **SUSCRIPCIONES AL EXTRANJERO:** Adjuntar giro postal o cheque por la cantidad de 45 dólares.

(Llene esta forma, recórtela y envíela a la dirección de la casa matriz del FCE: Carretera Picacho-Ajusco, 227; Colonia Bosques del Pedregal, Delegación Tlalpan, C. P. 14200, México, D. F.)
www.fondodeculturaeconomica.com

